

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 22.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos; D. Juan Eugenio Hartzenbusch. — Historia de la semana. — Despues de la boda. — La fiesta de los alemanes en Roma; grabado. — Maruecos; grabados. — Recuerdos de un viaje á la Tartaria y al Thibet. — Los baños de Uriage; grabado. — Cabalgata en favor de los pobres; — grabado. — El Alférez D. Gabriel. — Un teatro de estilo árabe en Tiflis. — El paseo bajo los tilos. — Recuerdos de la Holanda; grabados. — Una actriz. — Revista de la moda. — Descripción de los bordados. — La Suecia; grabados.

Poetas españoles contemporáneos.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Tengo el honor de ser amigo del señor Hartzenbusch, y quiero darle una prueba de mi amistad colocando su

nombre en estos artículos á continuacion del de Gil y Zárate. ¿Porqué?... Porque necesariamente ha de haber contraste, y este contraste ha de ser tambien necesariamente favorable á mi amigo D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

No diré que para elogiar á este señor sea preciso apelar á tan absurdas comparaciones; pero no me negarán Vds. que en literatura, como en todo, el concepto que formamos de las cosas depende no solo del punto de vista, sino de las relaciones que establecemos entre ellas y otras de la misma especie. Pondré algun ejemplo para hacerme comprender. Supónganse Vds. que un hombre no hubiese visto en su vida mas ave que un mochuelo con sus grandes y circulares ojos, su color pardo con manchas cenicientas, su cara redonda y su córvo pico; este hombre quedaria agradablemente sorprendido al ver un cisne con su pluma blanca como la nieve, su espaciosa pechuga y su cuello elegante. Pero

es seguro que la impresion del cisne no seria tan magnífica en el mismo hombre despues que hubiera contemplado al faisán de la China, en cuya formacion parece haber apurado la naturaleza todas las combinaciones de sus mas seductoras galas. Pues lo mismo puede decirse tratándose de los hombres comprendidos con mas ó ménos fundamento bajo la comun denominacion de poetas. Supongamos que Shakespeare es el faisán chino de las aves literarias; graduemos de cisne á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y colguemos el mochuelo á D. Antonio Gil y Zárate. ¿Qué resultaria del exámen de uno de estos sujetos colocado inmediatamente al lado de cualquiera de los otros? Un grado máximo ó mínimo en la escala de la belleza. Comparado, pues, Hartzenbusch con Shakespeare es un cuerpo microscópico, una dosis homeopática: considerado aisladamente, sin contraste que realce ó deprima su individualidad, es un hombre de mediana estatura, mas



Palacio de Estocolmo.

bien bajo que alto, corto de talla y poco garboso, aunque estimable por su gusto en el vestir y el esmero en general de su tocador. ¿Qué he debido yo hacer para dar al señor Hartzenbusch una prueba de amistad? Pensar durante unos cuantos días en D. Antonio Gil y Zárate, y observarle detenidamente, después de lo cual, no diré que Hartzenbusch sea á mis ojos un gigante, ni un Narciso; pero naturalmente debe parecerme un buen mozo... lo que se llama un buen mozo!

No necesitamos establecer parangones, y lo decimos seriamente, para considerar al señor Hartzenbusch como uno de los mas estimables ingenios del presente siglo. Poeta, ó por lo ménos, dotado de suficiente talento para fingir la inspiración, ha escrito algunos dramas que probablemente llegarán á la posteridad, puerto vedado á la mayoría de nuestras obras contemporáneas, y entre ellas coloco desde luego *los Amantes de Teruel*. ¿Seré yo en esto el eco de la opinion general ó, cuando ménos, de la opinion de nuestro gremio literario? Ciertamente que no, y no me extraña; pero soy de la opinion de Larra, que vale mas que la mia, y, sobre todo, soy de mi misma opinion, que vale mas que la de toda esa falange de literatos improvisados, que de una plumada pretenden levantar ó destruir una reputacion, con una osadía tan grande como su ignorancia.

Si preguntamos á muchos de esos sabios sin ciencia, que se ponen á escribir no sabiendo leer, lo qué piensan de Hartzenbusch, oíríamos cosas estupendas contra el autor de *los Amantes de Teruel*. Uno dirá que es frio, otro que es lánguido, otro... ¿quién sabe? No es la primera vez que oigo juicios tan severos hechos por escritores que nada bueno han producido, y que probablemente nada bueno producirán; pero que se revelan contra todo el que ha puesto su capacidad á prueba, ya porque el demonio de la envidia les tienta, ya porque necesitan rebajar la gloria agena para aparecer ménos pequeños de lo que realmente son. Pero aquí no se trata de saber como piensan los demás, ni debe tenerse para nada en cuenta lo que puede decir una pandilla interesada ó ignorante, sino lo que la crítica imparcial y concienzuda ordena cuando se habla de hombres como Hartzenbusch que, si no han marcado un surco luminoso con su aparición en la escena, merecen, sin embargo, estar á una elevada altura sobre el vulgo, y quien dice vulgo, dice generalidad de los literatos. El drama *los Amantes de Teruel* no es la obra de un gran poeta; pero es el primero de nuestros dramas modernos, después del *Trovador*, y este es todo el elogio que yo puedo hacer de esa produccion dignamente aplaudida por el público, y celebrada por D. Mariano José de Larra, que sin duda ha sido el primero de los críticos españoles. ¿Quién puede dudar que en *los Amantes de Teruel* hay escenas de primer orden? Nadie negará con justicia el estro poético al que de una manera tan bella supo describir la patria de Marsilla en aquellos versos que tan populares se han hecho:

Mi nombre es Diego Marsilla
Y cuna Teruel me dió,
Ciudad que ayer se fundó
Del Turia en la fresca orilla, etc.

Nadie puede negar cierta travesura que solo pertenece al genio, y, sobre todo, la originalidad que es su primera condicion, al que supo divinizar la pasion de los célebres amantes, diciendo que Dios habia hecho aquellos dos corazones para fundirse en uno á la llama sagrada del amor:

Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma y una vida,
Y dijo: *Vivid y amad*.

Esto es bueno, lo repito, bueno por su originalidad, bueno por su belleza poética, y bueno tambien por su versificación, que no puede ser mas fácil y sencilla, siendo al mismo tiempo robusta y armoniosa. Y no se puede decir que estas bellezas literarias, y otras muchas que podria citar, son raras en el drama, porque no es verdad, pues el drama es realmente en su conjunto y en sus detalles una obra de mérito; tiene elevacion, novedad, sentimiento y, lo que es poco comun en nuestros dias, lenguaje; es decir, presenta en mas ó ménos elevada esfera las condiciones literarias que la crítica concienzuda puede desear en la obra de un poeta, y tiene además un interés dramático hábilmente sostenido. ¿Qué le falta, pues, á este drama para ser tal vez el primero de su época? Un poco mas de movimiento, ó en otros términos, le sobra un poco de esa prolijidad alemana que revelaria el origen del señor Hartzenbusch, si ya no le delatase su apellido. Porque, efectivamente, el señor Hartzenbusch tiene de comun con el carácter alemán, de que procede, esa conciencia minuciosa que todo quiere precaverlo, que todo quiere completarlo, y que arroja la oscuridad á fuerza de difundir la luz. En nada de lo que este escritor ha hecho resalta tanto el defecto indicado como en *Doña Mencía ó la boda en la Inquisicion*, drama admirablemente versificado y lleno de inspiracion, pero con un argumento tan intrincado, que nunca he podido entenderlo, y estoy seguro de que el autor tampoco lo entiende. A pesar de esto, *Doña Mencía* es acaso el drama del señor Hartzenbusch que ofrece mas bellos trozos de esa poesía tan escasa en y estro país. Dése un poco de claridad á su argumento, nuserá un drama tan notable como *los Amantes de Teruel*.

¿Qué diré de las demás producciones del mismo autor? Mis lectores observarán que, por lo general, los hijos de un mismo padre suelen tener entre sí mucha semejanza. Así, vistos los *AMANTES DE TERUEL* y *Doña Mencía*, puede decirse que, para el objeto que nos proponemos, hemos visto *D. Alfonso el Casto*, la *Jura en Santa Gadea*, y demás dramas del mismo autor; porque todos pertenecen á la misma familia. Alguna novedad en el argumento y en los caracteres, algunos efectos verdaderamente dramáticos, aunque destruidos en parte por un exceso de preparacion; buenos pensamientos de vez en cuando; excelente versificación y correcto lenguaje; es decir, muchas de las buenas dotes que debe tener el poeta dramático, pero no todas; porque á su lado resaltan siempre cierta languidez en los cuadros, cierta oscuridad en el conjunto, cierta explanacion que raya en prolijidad, y, muchas veces, cierta llaneza en el decir, que corre parejas con lo que llamamos prosaismo.

El señor Hartzenbusch es, sin duda, un poeta y al mismo tiempo un literato. Si fuese un poco ménos literato, seria tambien un poco mas poeta; porque es uno de esos hombres meticulosos cuya fantasia parece complacerse mas bien en pedir un freno á la ciencia que nuevas alas para volar mas libremente. Amarrado al duro yugo de los preceptistas, tiembla al saber que otros espíritus ménos dóciles lo puedan quebrantar, y todavia ese temor seria plausible si su sumision no fuese un poco mas allá del respeto debido á las racionales exigencias de los clásicos. Pero el señor Hartzenbusch, no contento con vegetar en el estrecho recinto de las unidades, se ha dedicado, como otros ingenios modernos, á un estudio frívolo y superfluo; se ha unido desgraciadamente á la clase literaria mas empalagosa en todos los países, que es la de los que se llaman *puristas*, debiendo llamarse *estacionarios* ó mas bien anticuarios, puesto que todo su afán consiste en querernos hacer hablar hoy la lengua tal como se hablaba hace doscientos ó trescientos años. Hoy principalmente hay una secta de escritores que andan á caza de palabras y frases anticuadas, formando con ellas unos períodos tan incomprensibles, que no se pueden leer sin diccionario, pues parecen pertenecer á otra lengua mas bien que á la nuestra. Esta ocupacion, como la de los copleros que se entretienen en hacer charadas ó acrósticos, da la medida de la capacidad de tales hombres; y es cierto que muchos de ellos, impotentes para consagrarse á trabajos de mayor importancia, emplean dignamente su tiempo entregados á tan mecánicas tareas; pero ¿porqué autores apreciables como D. Juan Eugenio Hartzenbusch han de malgastar lastimosamente sus fuerzas en ejercicios que no ofrecen el interés de la amenidad ó de la verdadera instruccion, en vez de prestar un apoyo al genio civilizador que conservando todo lo bueno de las reglas sancionadas por la experiencia ilustrada, tiende á derribar los diques opuestos por pueriles preocupaciones literarias á la expansion del pensamiento?

Dije ántes que todos los dramas del señor Hartzenbusch tienen el aire de familia; esto mismo se puede decir de las obras que en otros géneros ha dado este literato. Una de ellas es la comedia de magia titulada «*La Redoma encantada*», en la cual se ve efectivamente al autor forcejeando por producir efectos, y los produce al fin, pero con tal estudio preparados, que llevan el sello del esfuerzo mental, en vez de parecer espontáneos y naturales. Así sucede con la mayor parte de los equívocos, que se ven venir siempre desde lejos, tales como la *ocasion calva*, cuando Lain-Cornejo quita la peluca á Pascuala; la espada de Bernardo, la carabina de Ambrosio, y otros muchos. Sobre todo en esta comedia es donde el señor Hartzenbusch empezó á hacer alarde de sus conocimientos en el castellano antiguo, poniendo en boca del marqués de Villena aquellos versos:

Espíritos del aire cual él de sotiles
Que al home enseñades burlándole al par,
Viandante yo agora por nuevos carriles
Atañevos ende mi planta guiar.
Si el cuento á mis años vos plugo alongar, etc.

Versos magníficos, no solo porque revelan la inteligencia del autor en la lengua de aquellos tiempos, sino por su buena armonía y facilidad, pero intempestivos en la escena y sin efecto alguno, puesto que el público al oírlos se queda, como suele decirse, en ayunas.

La Redoma encantada es, sin embargo, la mejor comedia de magia que conocemos, por no decir que es la única comedia de magia estimable por su mérito literario. Tiene lógica en cuanto una obra de su género puede tenerla, y tiene trozos de versificación dignos del señor Breton de los Herreros. Tales son aquellos en que el conde obsequiando á la dama que solicita, dice:

Segun mi segura táctica
Es esta la gran retórica.
Mas que una pasion teórica
Vale un donativo en práctica.

Después de lo cual dice ella:

Auspicios sin duda buenos,
Mas para servir á ustedes
¿Quién era mi Ganimedes?
Todo un conde por lo ménos.

De amor célebre adalid
Que por sus triunfos gallardos
El conde de Picos-Pardos
Le llama todo Madrid.

Firme, si al principio atónita,
De tanto engaño en el piélagos,
Digo á mi galan murciélago
Que ya conozco su mónita.

Y pues en tan mal camino
Los pasos ha de perder,
Lo mejor que puede hacer
Es irse por donde vino.

Queden para otra deidad
Esas joyas que me ofrece.
Semilla son que perece
Sembrada en mi voluntad.

Porque mas que dones ricos
Vale el honor que atesora
Esta humilde servidora
Del conde de Pardos-Picos.

Muchas veces me he preguntado yo á mí mismo, si el señor Hartzenbusch es verdaderamente un poeta, ó si logra parecerlo en sus obras nada mas que por su talento, y el profundo estudio que ha hecho de nuestros autores antiguos. Y francamente, durante algun tiempo me he sentido dispuesto á abrazar esta última opinion; pero cuando examinado después las obras de este literato encuentro versos tan fáciles y á veces pensamientos tan espontáneos como originales, no puedo ménos de convenir en que el señor Hartzenbusch no solo es un hombre de estudio y de talento, sino un poeta. Lástima es que haya enervado su imaginacion dando á la forma accesoria lo que debia haber dado al fondo de sus trabajos, y esto, lo repito, proviene de su origen alemán, del carácter y la paciencia minuciosa de ese pueblo que hasta de los poetas hace relojeros. De todos modos, el autor de quien voy hablando merece ser tratado con veneracion hasta en sus defectos, que revelan siempre el esfuerzo de la conciencia. El señor Hartzenbusch ha escrito dramas, comedias y algunas fábulas y poesías líricas, y debemos confesar que si no siempre ha dado obras de un mérito extraordinario, ha sabido mantenerse en todos los géneros en una respetable altura. En una palabra, D. Juan Eugenio Hartzenbusch no es un genio de primer orden; pero es uno de los primeros dramaturgos españoles del siglo, y de hecho seria el primero, si no tuviésemos á D. Manuel Breton de los Herreros, y á D. Antonio García Gutiérrez.

J. M. VILLERGA.

Historia de la semana.

Habíamos anunciado á nuestros lectores que se habian concluido los bailes en los salones parisienses, cuando he aquí que hoy tenemos que desmentirnos, y decir que los bailes se han generalizado de tal modo, que en toda habitacion donde hay una mesa, un velador ó un sombrero se celebra una danza desordenada. Pero, al revés de lo que ha sucedido hasta nuestros tiempos, ahora la gente se está quieta, y los que bailan son los muebles. Esto es, la gente se está quieta hasta que empieza el baile, pues al punto que la materia inanimada se pone en movimiento, es preciso seguir el impulso que da el fluido magnético, sopena de que se acabe la contradanza.

El procedimiento es muy sencillo. Principiarémos por ponerle aquí, acompañado de las condiciones y requisitos necesarios para que salgan bien las experiencias.

1º Segun las observaciones hechas hasta el día, es preciso que el número de las personas que desean producir el movimiento sea impar, y nunca ménos de cinco.

2º Se eligen personas de ambos sexos, debiendo ser los hombres de 18 á 30 años, y las señoras de 16 á 40. Los niños y los viejos no sirven tan fácilmente para el caso.

3º Los experimentadores deben colocarse de modo que las personas ligadas por la sangre ó por la amistad se hallen reunidas, tanto mas cerca cuanto mayor sea el grado de parentesco ó de amistad que haya entre las personas de ambos sexos.

4º La mesa debe ser de madera, de cualquiera clase, pues la madera y la forma que pueda tener no influye en nada en la experiencia.

El peso es indiferente. Sin embargo, una mesa pesada exige naturalmente un número mas crecido de personas para entrar en movimiento. Así, y esto va á guisa de paréntesis, hace ocho dias se quiso hacer bailar en el pueblo de Alençon una mesa de villar, y se necesitaron veintidos personas. El alcalde testifica el hecho, y da fe el escribano del pueblo.

5º Sin embargo, las mesas mas obedientes hasta hoy á la accion del fluido son las redondas con tres ó cuatro piés, y los veladores. Estos son preferibles, porque se evita mejor el tocarlos cuando van dando vueltas.

6º La temperatura del aposento debe ser regular, pero seca; las corrientes de aire repentinas suspenden la accion del fluido.

7º Observadas estas condiciones, los experimentadores se sientan ó se ponen de pié al redor de la mesa, cuidando, en el primer caso, de que las sillas estén separadas de la mesa, para que cada persona se halle aislada enteramente, sin que toqueá

la que tiene al lado ni á la mesa, con los piés, los brazos ó los vestidos. Entonces se forma la cadena magnética del modo siguiente: las manos se apoyan en la mesa conservando una actitud cómoda, y se apartan los dedos de modo que el meñique de la mano derecha descansa sobre el meñique de la mano izquierda del vecino; tampoco las manos deben tocarse entre sí.

8º Los espectadores no deben acercarse á los que hacen la experiencia, pues el menor contacto interrumpe la transmisión del fluido. — Cuanto mas fijen y concentran los operadores su voluntad y su idea sobre la experiencia, mejores y mas fáciles son los resultados que se obtienen.

9º Los primeros fenómenos que se producen son una sensación de calor que pasa como una corriente por las manos, los brazos y el pecho, produciendo una especie de cosquilleo como el que se observa sobre el taburete de cristal de la máquina eléctrica.

Después la palma de la mano experimenta una sensación particular, como si se levantase la mesa formando olas, y luego principia á oscilar poco á poco hasta que vuelve rápidamente en la dirección del Norte ó del Sur, según la voluntad de los magnetizadores.

10º Cuando la mesa principia á moverse, se mandan quitar las sillas en donde estaban sentados los experimentadores, quienes deberán seguir el movimiento de la mesa, teniendo cuidado de mantener la cadena de las manos, sin apoyarse en ellas; en cuanto hay alguna interrupción en la cadena, sea porque se deslicen los dedos, ó sea por el contacto de los vestidos entre sí ó contra la mesa, el movimiento mágico se suspende.

11º En general el tiempo que se emplea en la experiencia varia de veinte minutos á sesenta.

El descubrimiento de Colon es seguro que causó menos asombro, que el que ha producido esta receta, escrita en alemán por un sabio profundo, que está dando representaciones públicas de lo que él llama el baile galvano-electro-magnético de las mesas, con acompañamiento de orquesta. Parece que al fin de la representación la mesa, arrastrando consigo á los operadores, se marcha tranquilamente por una puerta, después de haber ejecutado, á la voz del amo, todas las evoluciones que se la mandan, con la docilidad de un perrito de aguas.

En París, una maravilla de este calibre no podía menos de poner en movimiento todas las cabezas antes de que hiciera andar á los sombreros. En todas las casas, sean palacios ó miserables chozas, en los sitios públicos, en una palabra, en todas partes no se ven mas que manos y brazos extendidos queriendo animar la materia inerte.

Las conversaciones no salen tampoco de este círculo vicioso. Ya no se habla de teatros, ni de modas, ni de paseos, ni se le pregunta á nadie cómo está de su salud, y cómo andan sus negocios. Ahora lo que se dice es lo siguiente:

— ¿Ha hecho Vd. dar vueltas á su sombrero?

Los salones parisienses presentan un aspecto inusitado. Cuéntase ha habido un hombre rico y muy bien visto en la alta sociedad, que ha tenido la humorada de convidar á mas de doscientas personas una noche, ¿para qué? para proporcionarles en sus vastos salones la ocasión de que se entregaran á todas las experiencias del magnetismo.

Veíanse allí mesas de todas dimensiones, sombreros, platos, ofaldas, en una palabra, todo el largo catálogo de los mil instrumentos de uso mas ó menos vulgar que sirven para las experiencias.

La concurrencia no estaba en el secreto de la broma; pero la curiosidad venció á todo el mundo, y cada cual se arregló lo mejor que pudo, para tomar parte ó servir de testigo de aquella diversion de nuevo género.

Los héroes de estas funciones magnéticas son los jóvenes lo mismo que en los bailes; y cuanto mas jóvenes son, mas valor tienen. Las mujeres nerviosas tambien tienen una grande influencia en estas pruebas.

Ya hay muchos elegantes que se presentan como dotados de una actitud particular y superior para producir el fenómeno con una prontitud particular; esto les da consideración entre la gente; se les llama de todas partes, y con ansia, pues ya hemos dicho que en esto está todo. En el día, no hay reunión con otro objeto que el de llevar á cabo estas maravillosas experiencias.

Donde antes en las esquelas de convite se leía: « Habrá baile ó habrá concierto, » hoy no se ve mas que lo siguiente:

— « Bailarán las mesas y darán vueltas los sombreros. »

La mejor recomendación que se puede tener hoy para penetrar en una reunión distinguida, es la de estar dotado en grado superlativo del fluido magnético. Ya no se pregunta para recibir en una casa á una persona cuáles son sus cualidades, ni siquiera su nombre: esta pregunta lo resume todo:

— ¿Es bueno para hacer andar las mesas?

Aquí está en el día el busilis: el fluido y nada mas que el fluido.

Una señorita noble, bonita y opulenta, andaba titubeando entre dos pretendientes que solicitaban su mano, y se hallaba bastante apurada para decidirse. El fluido la ha guiado, diciéndole cuál de los dos poseía hacia ella una mayor dosis de cariño. Cada vez que se ponía á ejecutar la experiencia de la mesa giratoria, hacia entrar en la cadena á uno de los aspirantes en cuestión, y el resultado fué que cuando entraba el uno, la mesa tardaba de cuarenta y cinco á cincuenta minutos en ponerse en movimiento, mientras que con el otro la mesa bailaba á los treinta ó treinta y cinco. El último tenía, pues, diez minutos de amor mas que el primero; la joven se ha decidido ya, y uno de estos días tendrá lugar la boda.

Pero ya hemos dicho que no solo en los salones se entrega el mundo parisiense á este espectáculo con exclusion de todas las diversiones conocidas hasta el día, sino que lo que pasa en el salón pasa tambien en la cocina y en la antesala.

Uno de los mas ricos banqueros de París, ocupado la otra mañana en la lectura de su periódico favorito, habia descuidado un poco la hora en que debía salir de casa; sin embargo, lanzando máquinalmente una ojeada al reloj que se hallaba sobre

la chimenea, notó que era tiempo de marcharse, y llamó á su ayuda de cámara:

— Juan, mi sombrero.

— Allí voy al instante.

Pasan algunos minutos; el sombrero no viene; vuelve á tirar de la campanilla, pero nada.

Por fin, el hombre encolerizado llama de nuevo, y se presenta un lacayo.

— ¿Qué quiere decir esto? Una hora hace que estoy llamando.

— Disimule Vd., pero...

— Que venga Juan; le he pedido mi sombrero.

— Lo sé.

— Pero hace un cuarto de hora que se lo pido.

— No señor, son diez y seis minutos.

— ¿Como es eso?

— Sí, yo he mirado el reloj; hay diez y seis minutos y medio.

— Es tonto ese criado; pero en fin, ¿cuándo llega ese sombrero?

— Ya no puede tardar un minuto; Juan y Vicente le harán venir.

— ¿Qué es eso de venir? Estoy hablando de mi sombrero.

— Pues justamente se trata del sombrero; al instante estará aquí; pero mire Vd., señor, ya llega.

La puerta de la sala se abrió, y el banquero vió encima de una mesa su propio sombrero que daba vueltas bajo las manos de Juan y de Vicente.

— Anda á buscar á tu amo, dijo Juan dirigiéndose al sombrero, como si hubiese hablado con un perro.

El castor obediente se dirigió al punto á donde le mandaban.

— ¡En diez y siete minutos el movimiento se ha obtenido! exclamó el criado rebosando de alegría.

— Sí, le dijo el banquero, pero esas experiencias muy repetidas pueden hacer que salgas de mi casa.

— Enhorabuena, pero me dará Vd. un certificado especificando porqué me despide; no me faltará buena colocación cuando sepan por ahí que á los diez y siete minutos hago andar un sombrero.

La lista de las anécdotas relativas al fluido magnético, que hoy nos suministra la crónica parisiense, sería tan inagotable como la de los hechos serios y formales que se encuentran diariamente en los periódicos sobre la misma materia.

¿Qué se puede decir cuando las columnas de los diarios vienen atestadas de narraciones en los términos siguientes:

« En una sala de veinticuatro piés de longitud por veintinueve de anchura, cubiertas las paredes de cuadros al óleo con marcos dorados, el suelo de alfombra y muchos muebles en su recinto, se hallaba colocada una mesa de pino de cuatro piés, de una vara de largo y algo mas de media de ancho sobre una tarima de la misma madera. Estabamos sentados en derredor siete personas, de las cuales una era la sobrinita del amable dueño de la casa, linda y única representante de su sexo, y los demás de distintos temperamentos y de edad respectivamente de 25 á 50 años. Habia además tres espectadores al principiar el ensayo, entre ellos una anciana señora. Dicho se está que el humilde cronista de la sesión formaba parte de la cadena magnética, y pertenecía al número de los incrédulos, permitiéndose bromas respecto de las indicaciones de alguna que otra sensación en los brazos y cabeza que decían experimentar sus compañeros.

» Otros dos incrédulos empezaban á mostrarse impacientes, y un si es no es epigramáticos sobre los ensayos magnéticos, cuando; oh sorpresa! á los diez minutos de impaciencia observóse clara y distintamente que la mesa, objeto de nuestra investigación, empezaba á oscilar suavemente y en dirección de su longitud, aumentando por grados su velocidad.

» Nuestras manos estaban colocadas según las prescripciones alemanas; esto es, con los dedos meñiques de las diestras apoyados ligeramente sobre los meñiques izquierdos de los compañeros.

« Hay tambien que recordar que las personas todas estaban á una proporcionada distancia entre sí, pero sin exactitud, aunque procurando no tocarse ni siquiera con la ropa: estas precauciones no se guardaron en los ensayos posteriores, puesto que hasta la colocación de los dedos es indiferente con tal que exista el contacto. A los catorce minutos comenzó á girar la mesa en dirección de izquierda á derecha con bastante prontitud para llegar en dos minutos á describir una vuelta completa, saliéndose de la tarima á la mitad de su rotación, y concluyendo esta sobre la alfombra sin dificultad. De repente cesó el movimiento, que no pudimos lograr continuarse, aunque lo intentamos durante algun minuto. Ya entonces el número de espectadores se habia aumentado hasta siete, y á la sazón tambien se propuso y realizó el segundo experimento, en el que tomaron parte la citada señorita y nuevos concurrentes.

» El segundo experimento tuvo lugar con un velador redondo, de caoba, de peso de mas de una arroba: el movimiento principió á notarse siempre en la misma dirección de izquierda á derecha, y se le vió girar dos vueltas en el espacio de cuatro minutos; el movimiento era pues mas lento que en el primer ensayo.

» Hízose el tercero otra vez con la mesa primera ó sea de pino, y al minuto y medio dió principio á su rotación, que fué rapidísima, y esto se repitió alguna vez mas con la mayor complacencia y natural ovación de actores y espectadores. Este es un nuevo ensayo de los muchos que ponen fuera de duda el movimiento giratorio, danza de las mesas, puesto que somos testigos de ella mas de quince personas, todas las cuales diremos que es un fenómeno que pueden realizar cuantas personas curiosas tengan la menor duda de él, á las cuales rogamos que se convenzan por experiencia propia.

» Soy simple cronista de una agradable sesión, probablemente una de las muchas que á estas horas habrán tenido lugar en esta corte. Y contando con la benevolencia de Vds., les ruego den publicidad en las columnas de su apreciable periódico á estos

desaliñados renglones, y entre tanto repito á Vds. que soy con toda consideración, etc. »

Aquí sigue la firma y la fecha de personas que todos conocen. Pero lo que se puede decir es lo siguiente:

— La receta está ahí; cada cual puede convencerse por sus propios ojos de la verdad ó inexactitud de este fenómeno. — Tal es el consejo que damos tambien á nuestros lectores...

MARIANO URRABIETA

22 mayo 1853.

Después de la boda.

Un droguero de París, que vive en el barrio de Santiago, hacia mucho tiempo que tenia un dependiente, que se llamaba Edmundo T., del cual estaba completamente satisfecho. Hacia cerca de un año que conoció que su hermosa hija era el objeto del amor de su dependiente. Este descubrimiento le agradó, y resolvió consentir en que su hija se casara con Edmundo, y ceder á este la propiedad de su tienda.

Habiendo heredado el dependiente, su principal creyó que era ocasión de informarle de su proyecto. Esta noticia produjo grande alegría á Edmundo. Publicaron las amonestaciones, y el casamiento, retardado por varias circunstancias, se verificó el 13 del mes próximo pasado. Cuando iban á subir al carruaje para volver de la iglesia, vieron que no estaba el dependiente, y le buscaron; pero en vano le esperaron el resto del día, pues todo lo que hicieron para saber lo que habia sido de él, fué inútil. Pasaron la noche con inquietud: la joven, su padre y los convidados que les acompañaban, se entregaron á mil conjeturas sobre tan extraño acontecimiento.

En tanto los agentes de policía tomaron sus medidas, y el 14 descubrieron el cadáver de Edmundo T., en el camino de Fontainebleau, cerca del fuerte de Yvry. Un médico, después de reconocerlo, ha declarado que su muerte ha sido producida por la absorción de ácido sulfúrico, y que no habiendo ninguna señal de violencia, se ha suicidado. Sea lo que fuere, la información judicial que se ha comenzado aclarará las misteriosas circunstancias de este suceso.

La fiesta de los alemanes en Roma.

Dice el refrán, que mas tiene el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, dando á entender que una casa rica tarda mucho tiempo en deshacerse de los objetos y valores que habia acumulado, y lo mismo puede decirse de las naciones, sobre lo cual puede citarse á la Italia que, á pesar de su decadencia, fraccionamiento y sumisión á las armas invasoras de otros pueblos, conserva todavia muchas cosas de su antiguo esplendor. Roma, antigua reina del mundo, no impone ya á nadie sus leyes con la fuerza de sus legiones; pero tiene en su seno la silla de la religion universal y hasta cierto punto empuña el cetro de las artes. Allí concurren á perfeccionarse en la pintura y escultura los jóvenes de otras naciones que mas disposiciones manifiestan para dichas artes, y no es la Alemania la que menor número de individuos envia á la falange de artistas extranjeros que residen en Roma.

Por decontado en esta falange están resumidas las costumbres y caracteres de todos los pueblos: cada nacionalidad ofrece una ó mas veces al año cuadros pintorescos de sus usos en la celebración de sus festividades predilectas, y entre estas merece particular mencion la de los alemanes, acerca de la cual extractamos los siguientes pormenores de una carta escrita por un joven pensionado francés.

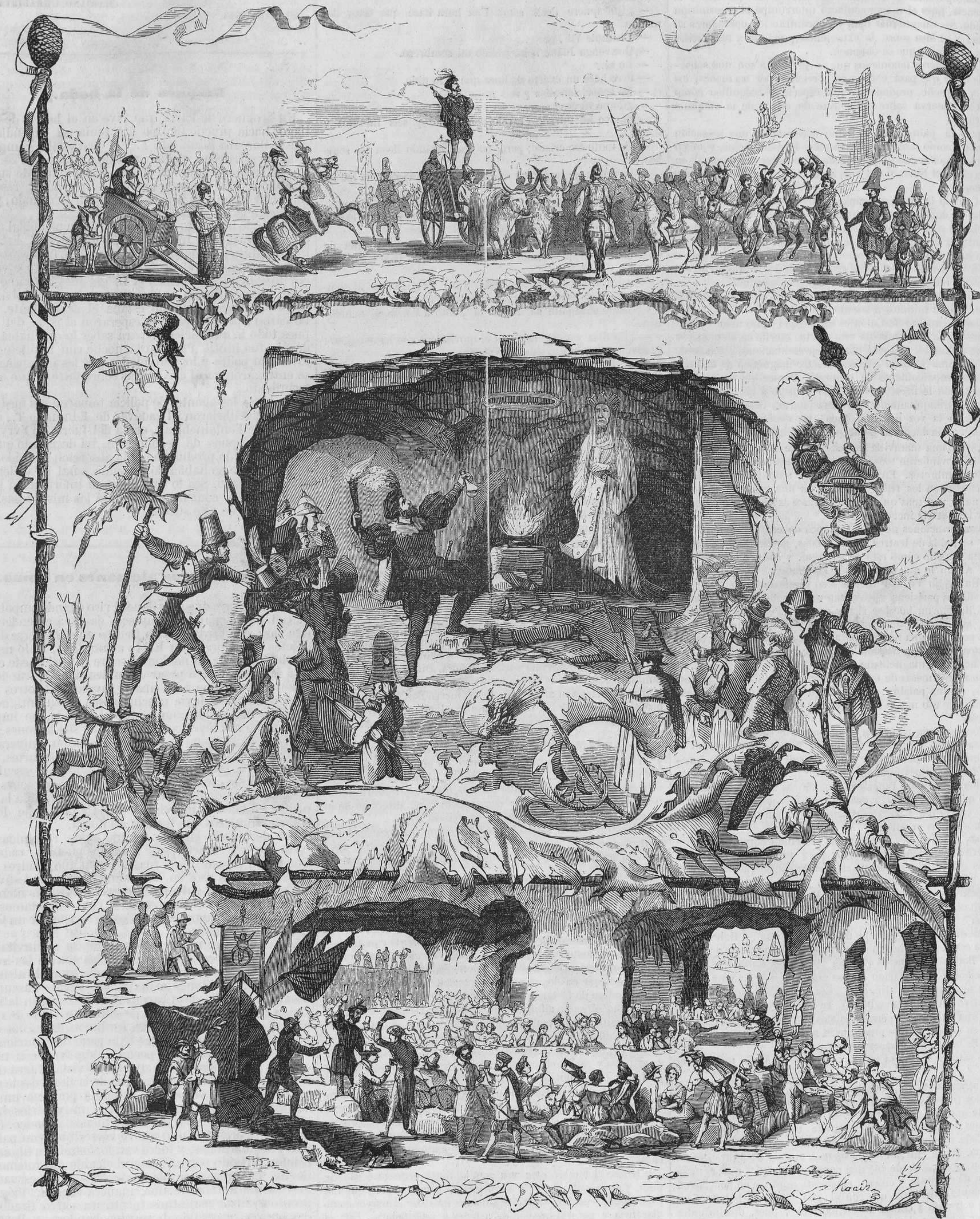
« Recibí, dice, una carta en que se me invitaba á asistir á la Cerrara, que es una aldea sita en las inmediaciones de Roma, y me llamó desde luego la atención el ver que hallándonos en mayo, y habiendo trascurrido mucho tiempo desde el carnaval, me decían en la invitación que llevase un traje de capricho ó sea de máscara, y que fuese montado en un burro. Estas dos condiciones eran indispensables bajo pena de exclusion.

El gobierno pontifical permite esta farsa con tal de que los que toman parte en ella se vistan fuera de la ciudad santa, de modo que el día de la fiesta desde muy temprano se ve la locanda invadida por una muchedumbre de jóvenes que concurren muy serios hasta allí para ponerse un traje mas ó menos grotesco. Cada vez que se presenta uno nuevo es recibido con palmoteos y aclamaciones, y todos van formando en fila en un peloton dirigido por un general elegido allí mismo. Yo llegué. La música se oía desde lejos, y el escuadrón borrical contestaba de una manera cómica. Vióse de pronto avanzar majestuosamente un carro tirado por dos bueyes, precedido de muchas banderas y llevando un Baco sentado sobre un tonel con su correspondiente acompañamiento. El carro se detuvo, y el rey de la fiesta pronunció un discurso en alemán, después de lo cual el cortejo emprendió de nuevo la marcha hasta que llegó á una caverna donde verificadas las invocaciones de costumbre se presentó la sibila ante los espantados espectadores. Preguntóla el rey cual seria la suerte de las artes durante el año, pero la sibila en vez de contestar se cubrió la cara con las manos y huyó. Evocada de nuevo y repetidas veces, no volvió á aparecer sino á las

vivas instancias del rey de la fiesta, y entonces habló. Es fácil adivinar su predicción que puede traducirse por anarquía, estravio, pero gran talento. Terminada su arenga se la vió pasar á la sombría gruta de *Pietro*, modelo favorito dejado á los artistas como tipo del anti-

guo romano, el cual se presenta llevando una taza de café sobre un plato. La sibila despues de haber satisfecho á sus numerosos oyentes, fuése al lado de *Pietro* aceptando la invitacion de un banquete en el fondo del anogtro sagrado.

Había un gran salon lleno de mesas preparadas al efecto, y cada cual tomó asiento como pudo. Comimos alegremente, hubo muchos brindis y todos nos tendimos las manos en señal de la union artistica de los pueblos.



Fiesta de los Alemanes en Roma.

En Italia, cuna de las artes y terreno actualmente neutral, las artes se ostentan libremente y los talleres están abiertos para todos, ofreciendo un verdadero ejemplo de fraternidad. No sucede así en Francia donde se olvidan fácilmente los preceptos admirables de la

mutua confianza y donde los artistas trabajan á la sombra, ocultándose de todo el mundo. Pocos amigos tienen en nuestro país el derecho de penetrar en la intimidad del taller, y sin embargo en el estudio del artista es tal vez donde las cuestiones políticas son des-

conocidas, donde las especulaciones financieras son miradas con horror como capaces de secar el corazón humano, y en fin donde el hombre trabaja en su arte favorito pensando mas en su gloria que en su fortuna.

Marruecos.

En uno de nuestros anteriores números dimos algunos detalles sobre las costumbres de Marruecos, asunto que vamos á continuar hoy, concretándonos principalmente á la organización militar del imperio.

Compónese la guardia imperial de unos 36,000 hombres conocidos bajo la denominación de *Abid-Sidi-el-Bokhari*, que quiere decir: *servidores del señor Bokhari*, y debió su origen este título á un marabut muy respetado, autor de un libro que consiste en una colección de las tradiciones relativas al profeta. Los soldados han adoptado por patron al señor Bokhari y llevan su libro como una preciosa reliquia en todas sus expediciones. Fórmase dicha guardia de las tribus de Tánger y de Rif, de los Charagah, de Ulad-Djama, de Rahamnat y de Demnat.

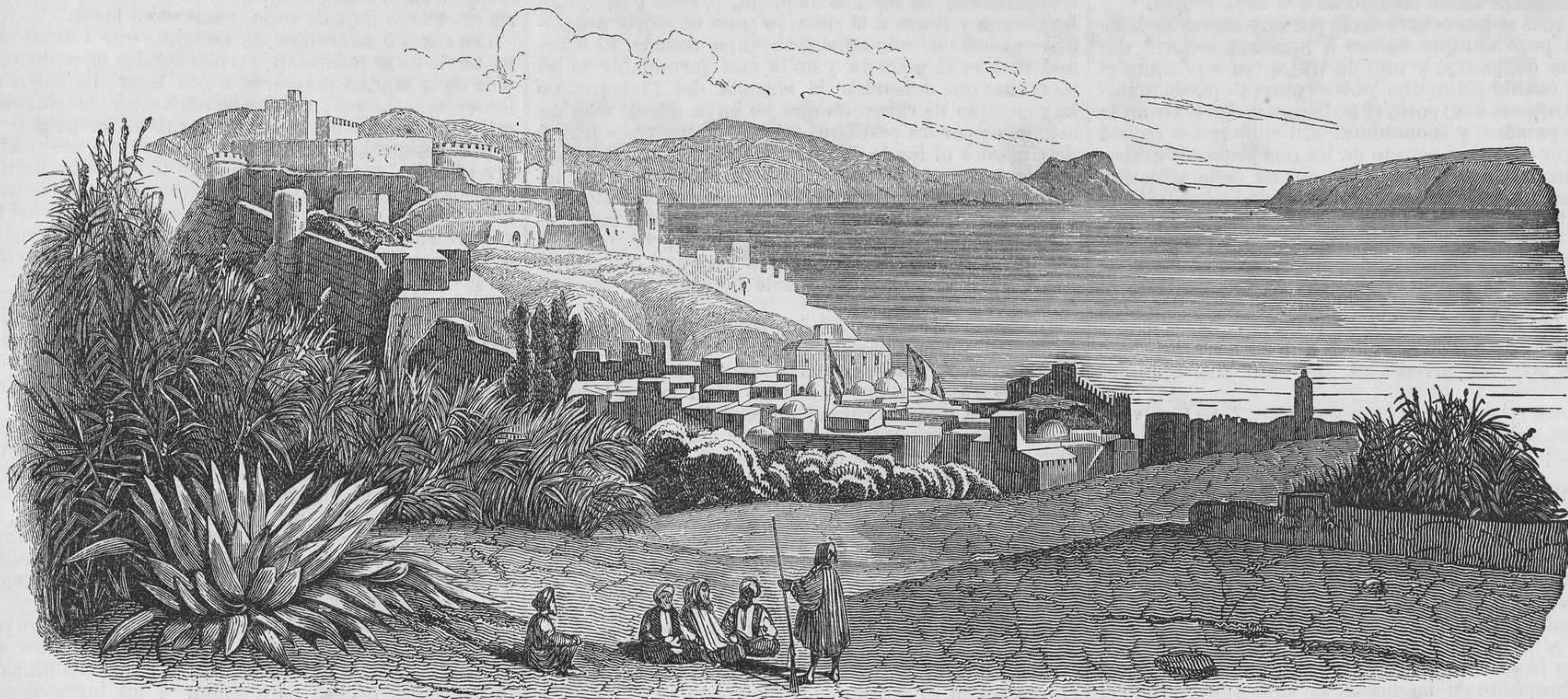
Los Abid-Sidi-el-Bokhari que no forman parte de las expediciones militares, se emplean en sus tribus ó cantones en la policía ó guardia civil del país, bajo el mando de sus alcaides ú oficiales.



Muralla de la ciudad de Tanger.

Hay alcaides que mandan diez, veinte y cien hombres. Sus grados, aun que dependen de la voluntad de los bajás, pasan generalmente de padres á hijos. Pero esto no pasa de ser una costumbre tolerada, pues legalmente el empleo de oficial así como el de general ó gobernador no es mas que temporal, y así el emperador les quita, les repone ó les recompensa sin mas regla que su capricho. Los alcaides de diez, veinte y cien hombres no tienen mas sueldo que el de simples soldados. Los alcaides de quinientos hombres, los generales, los bajás y los agentes superiores civiles, no cuentan mas que con lo que ellos saben agenciarse usando ó abusando de su posición, y el emperador, conociendo estos excesos, los favorece, porque á su vez suele despojar á dichos agentes cuando se han enriquecido.

El sueldo tanto del soldado como del alcaide es absolutamente arbitrario, y el emperador lo modifica con arreglo á las circunstancias. El capitán Burel valuó en 1810 la retribución anual en



Vista de Tanger tomada desde el campo de los Sacrificios.

65 francos para un caballero casado y 45 francos para el soltero.

Eso sí, ca la familia de un soldado goza de un terreno libre de impuestos y suficiente para llenar sus necesidades. Si la guerra ó la escasez priva á estas familias de lo necesario para vivir, el emperador las ayuda socorriéndolas con vestidos y cereales de su propiedad. En virtud de dicho sueldo y de la protección del emperador, cada soldado tiene obligación de proveerse de caballo, armas, pólvora, viveres y trasportes, debiendo hallarse pronto á marchar cuando se lo manden.

Además del sueldo de que hemos hablado, cada Bokhari que hace una campaña, percibe generalmente cuatro duros al tiempo de marchar y otros cuatro al tiempo de volver.

El emperador distribuye estas tropas en las proporciones de infantería y caballería que convienen al país ó al enemigo contra el cual ha de sostener la lucha. Tan pronto la caballería forma las tres cuartas partes del ejército, tan pronto se reduce á la mitad; pero como el soldado de caballería es mas considerado que el de infantería, el que por su edad ó escasa fortuna se ve obligado á servir en la infantería no descansa hasta que obtiene un caballo. En cuanto al uniforme no hay ninguna diferencia entre los soldados y los generales.

Hablemos del armamento. Mas de un siglo hace que los moros abandonaron la lanza, el drado y la honda. Sus armas con-



Trajes marruecos.

sisten hoy en un fusil de mas de dos varas de largo y de calibre irregular al cual adaptan de algunos años á esta parte una larga bayoneta. Por lo demás, solo saben llevar esta arma en la mano ó atravesada en la silla, lo que les estorba mucho en sus marchas. Los Abid-Sidi-el-Bokhari tienen tambien un sable corvo y un puñal. Se ven pocas pistolas como no sea entre los alcaides.

Todas las tropas, infantería y caballería, llevan la pólvora en un asta de buey y las balas en un saco ó canana. Cargan el fusil echando la pólvora con los dedos y la bala separadamente, lo que exige tres ó cuatro minutos. La artillería se reduce á unas cuantas piezas llevadas por mulas ó camellos.

Los marroquíes son bravos y buenos ginetes; pero muy ignorantes en las maniobras militares y carecen de disciplina. Así para combatirlos no hace falta mas que un poco de sangre fría, aunque siempre es necesaria el arma de caballería para obtener completos resultados.

Los cuerpos marroquíes se forman generalmente en masa llevando la artillería en el centro, y toda su estrategia consiste en envolver al enemigo aproximándose hasta la distancia de quinientos pasos despues de lo cual se despliegan presentando el mayor frente posible. Los soldados de caballería se lanzan súbitamente preparando el fusil que manejan con tanta facilidad como los europeos la lanza, sueltan el tiro que necesariamente

ha de ser incierto, dan media vuelta y emprenden la retirada con la velocidad del rayo para volver á la carga inmediatamente. Los caballos están tan acostumbrados á este ejercicio, que dan la media vuelta por sí mismos en cuanto oyen la descarga. Si el enemigo retrocede, continúan la misma maniobra ganando terreno; pero no hacen uso del sable sino en los momentos desesperados, pues para ello tienen que colocar el fusil sobre el arion de la silla, de modo que cada hombre ocupa mas que tres y queda sin apoyo á los costados.

Los equipajes son conducidos por mulas ó caballos pues no habiendo caminos serian inútiles los carros. Cuando el ejército recorre las provincias sometidas, encuentra el *muna* por do quier, es decir, la hospitalidad del profeta durante tres dias, de modo que su marcha es honorosa para los pueblos; pero despues de los tres dias cada uno está obligado á pagar lo que consume. En las provincias enemigas o rebeldes los soldados viven del saqueo, pues se apoderan de todo lo que encuentran.

Las heridas, en su mayor parte, son mortales por falta de cirujanos. Cuando el emperador Muley-Sliman mandaba el ejército, llevaba un cirujano portugués á quien daba tres francos diarios, el cual componia las drogas que suministraba á los alcaides ó soldados ricos. Por lo demás no faltan allí astrólogos supersticiosos que curan ó matan, ó por mejor decir que no hacen bien ni mal con sus pronósticos, pero que ganan la vida merced á la ignorancia agena cuando no á la suya propia.

Nada mas se nos ocurre decir por hoy acerca de Marruecos, pues aunque damos á nuestros lectores dos grabados de paisaje y uno de trajes, ya espusimos el otro dia cuanto sobre uno y otro concepto puede manifestarse, que es bien poco, si no hemos de incurrir en la falta de pesados y monotonos. Sin embargo la ciudad de Tánger que es el asunto de los dos primeros grabados, merece llamar la atención por su bella situación geográfica, pues desde el punto conocido bajo el nombre de *campo de los sacrificios* se ven las costas de Europa, Tarifa, Trafalgar, el magnífico cuadro del estrecho y roca de Gibraltar. La población de Tánger asciende próximamente á 12,000 habitantes.

Dirémos para concluir, que los musulmanes llaman á Tánger *la ciudad de los infieles* á causa de los consules y del gran número de cristianos que encierra, así como tambien por los privilegios que allí disfrutaban los judíos.

Recuerdos de un viaje á la Tartaria y al Thibet.

USOS Y COSTUMBRES TÁRTAROS.

El estado presente de la China, amenazada de una revolucion que debe echar por tierra su alta muralla, y entregar á la curiosidad y al comercio del mundo el estudio y la explotacion de aquella misteriosa region, aumenta la oportunidad de un libro que hemos recordado á propósito de las fiestas de año nuevo. Todo el mundo puede ir á Londres ó á Roma; todo el mundo puede esperar ver á Constantinopla ó Jerusalem. Pero ¿quién ha visto el lago salado de Kuku-Noor? ¿Quién se ha parado ante el Consistorio de las Cinco-Felicitades en la ciudad de Hia-Ho-Po? ¿Quién podría decir lo que es un *taitai* de glóbulo azul ó de glóbulo rojo? Nadie seguramente, y en mucho tiempo todavía nadie emprenderá este viaje de dos mil leguas á través de un país desconocido, donde es mas comun el hallar ladrones ó fieras que caminos abiertos. Decimos dos mil leguas, porque no comprende mas la parte del viaje que refiere M. Huc, pero su relacion se detiene en el momento en que él y su compañero pasan las fronteras occidentales de la China, en la capital de la provincia de Sse-Tchouen, donde debian ser juzgados por órden del Emperador.

Los naturalistas encontrarán en este libro la descripcion de los animales que no existen en Paris; los geógrafos conocerán la verdadera posicion de ciudades colocadas aventuradamente en los mapas, y tendrán que suprimir pueblos que no existen y que no han existido donde nos enseñaban que habia una poderosa nacion. Pero lo mas interesante para todos del libro de M. Huc es el cuadro vivo de los hábitos y costumbres de pueblos desconocidos, en medio de los cuales han pasado muchos años los dos misioneros, llevando su traje y conformándose con sus usos.

Las cualidades personales de los dos sacerdotes, y sobre todo las del narrador, aumentan el interés de la narracion; su modestia hace resaltar su inalterable valor; M. Huc no contaria tan bien, si no reuniera á su talento la sencillez que realza su estilo. Muchas veces se quiere como sentir en ellos, á pesar de la túnica amarilla del lama mongol con que se encubren, el noble orgullo del europeo y el cristiano.

En 1846, tercer año del viaje de MM. Huc y Gabet, publicaba un diario de Macao las noticias siguientes, fechadas en Canton:

« Los misioneros de nuestra ciudad acaban de recibir la noticia de la muerte lamentable de dos padres de su mision en la Tartaria mongol... Cuando los misioneros se juzgaron bastante instruidos en la lengua mongol, penetraron en lo interior con ánimo de comenzar su obra de conversion... Desde entónces solo se recibieron noticias inciertas de ellos, pero en mayo se supo que habian sido atados á la cola de caballos, y arrastrados hasta que murieron. »

Gracias al cielo, los dos intrépidos misioneros leyeron las líneas anteriores poco despues de haber sido escritas, de vuelta á Macao, sanos y salvos, librándose del martirio, y de otros peligros mas frecuentes y muy terribles.

« Cuando se emprende un viaje como el nuestro, no se deben temer los elementos. Los que temen morir en el camino, no deben atravesar el umbral de su puerta. » Así habla, en el momento en que la caravana va á abrirse camino á través de un pantano sembrado de precipicios, formado por ocho ramales del Hoang-Ho, un discípulo joven de los misioneros, que se ha hecho fiel servidor de los que lo han convertido.

Y Samdatchiamba tiene razon; todos los elementos les son contrarios.

Cuando necesitan ponerse en camino, despues de dos meses de residencia en la capital del Thibet, las llagas abiertas por el frio del desierto no estaban aun cerradas. En efecto, no es raro el hallar en el Asia central viajeros muertos de frio.

Al despertar una mañana en el país de los Ortoús, ven que el sitio donde habian colocado su tienda estaba cerrado de cien pozos anchos y profundos, y que no podrian andar cincuenta pasos en línea recta sin caer en uno de aquellos abismos, que habian cruzado por la noche sin sospechar el peligro que corrían.

Tratábase un dia de pasar el Bourhan-Bota, que significa cocina de Buddha; los caballos resisten, los rostros palidecen, las piernas flaquean, se caen y necesitan levantarse y llegar á la cima, so pena de morir asfixiados en medio de una atmósfera emponzoñada. El Bourhan-Bota es la primera y no la mas formidable de las montañas que defienden la entrada del Thibet, y no hay ejemplo de caravana que no haya dejado algunos asfixiados por los pestíferos vapores, muertos de frio, ó precipitados al fondo de un abismo por algun vértigo. — Otras veces el fuego devora los pastos donde han levantado la tienda, los rodea, y quema los camellos.

Los habitantes de Europa, acostumbrados á tanto camino, tanto carruaje y tantas posadas, ¿cómo podríamos formarnos idea exacta de un viaje por la Tartaria mongol? El valor humano puede flaquear cien veces en la prueba.

¿Cuántas veces, en medio de los dolores que les aguardan, pueden preguntarse MM. Huc y Gabet: ¿Somos nosotros franceses quienes estamos aquí, prisioneros en el Thibet, ó bien buscando el sueño en la escalera de una pagoda china? « Nos hallabamos abandonados á nosotros mismos en tierra enemiga, sin esperanza de oír jamás voz de hermano ni de amigo. Pero ¿qué importa? Sentíamos el corazón animado, caminábamos alentados por aquel que ha dicho: « *Id é instruid á todas las naciones*. Yo soy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. » Dispuesto otra vez á comparecer ante un juez, no sabiendo que suerte le aguarda, y en todo caso preparándose para el martirio, el piadoso misionero exclama: « ¡Qué buena es la confianza en Dios en medio de las tribulaciones de la vida! » Y llenos de fe, hallando su consuelo y su fuerza en el Evangelio, libres del peligro, sin pensar mas en él, prosiguen su camino.

Y á pesar de sus sufrimientos, del hambre y la sed cotidianas, comienzan á amar el desierto. La Tartaria no oculta en su vasta extension florestas silvestres; es una llanura sin fin, entrecortada á veces de lagos, rios y montañas; sus habitantes la llaman la tierra de las yerbas. Perdidos en aquellas verdes praderas, como en medio del Océano, su soledad inspiraba á los misioneros un sentimiento melancólico y religioso.

Como el desierto y sus tristes bellezas, les gusta tambien su vida, y el pueblo pastor y nómada que lo habita, y cuyas costumbres les recuerdan los tiempos patriarcales. De tal modo se acostumbran á este género de vida, que cuando se acercan á la China, al aproximarse á la civilizacion, (la civilizacion china, es verdad,) se les figura que no podrán soportar la nueva atmósfera; se sienten como *oprimidos y sofocados*; y prefieren á las pesadas el salirse de las ciudades y levantar su tienda para preparar en ella su sobrio alimento. Si al llegar á alguna ciudad fronteriza encuentran alguna familia mongol, se complacen en pedirle hospitalidad, y en hablar de la tierra de las yerbas.

Su simpatía hacia los mongoles es tan marcada, que casi hacen que nosotros los amemos, y sin embargo, en las costumbres tártaras hay detalles que no deben hacernos olvidar las buenas y sencillas cualidades de ese pueblo semi-salvaje, pero que lo hacen mucho menos atractivo.

Así, los mongoles son sucios; su tienda sofoca por su mal olor; el que despiden sus vestidos grasientos es tal, que levanta el estómago; tan sucios son, por fin, que los chinos, que están lejos de ser limpios, los llaman tártaros fétidos.

Es cierto que son sobrios, pero el apetito que despliegan ante un manjar nuevo haria creer que su sobriedad ordinaria es mas bien una necesidad del desierto que una virtud. No nos aventuraremos á describir un banquete tártaro, compuesto de entrañas de carnero. Bien entendido que no hay ni mesa ni mantel, ni platos ni tenedores; cada uno arranca con los dedos una parte de aquellos intestinos humeantes, y los devora con un placer que repugna á los franceses convidados á esta fiesta.

Pero estos son festines extraordinarios. Té y empanadas, té de todos modos, con leche y manteca, componen su comida ordinaria. Los tártaros no ponen en infusion de agua hirviendo las hojas del té. Las hojas son prensadas de manera que juntas vienen á tomar la forma de

ladrillos. Para hacer el té, los mongoles cortan un pedazo de ladrillo, lo hacen polvo, lo ponen en una marmita de agua hirviendo que toma un color negruzco, y beben esta composicion con deleite.

El té, base principal del alimento tártaro, sirve tambien para los cambios; el sistema monetario está poco en uso; el té reemplaza á la moneda; cinco térs representan el valor de una onza de plata.

El café es un artículo desconocido de los tártaros; en cambio de él suelen tomar tabaco en polvo despues de sus comidas. Como en Francia en tiempo de Sganarelle, es muy político y amable en Mongolia el ofrecer un polvo á los amigos.

M. Huc compara la vida de este pueblo del desierto á la de los patriarcas de la Biblia. No nos parece perfecta la analogía; los mongoles son pastores y nómadas, pero en los *Recuerdos de viaje* no vemos una sola vez aparecer el patriarca.

En Tartaria hay señores y esclavos. Los señores, los *taitai*, que llevan un globulito azul en el gorro, son todos parientes del rey ó jefe de la tribu. Ellos poseen el territorio, tienen el derecho de exigir ciertos trabajos, y pueden condenar á muerte á sus esclavos, en ciertos casos. La suerte de estos difiere poco de la de los nobles; unos y otros viven en las tiendas, y apacientan sus rebaños; sus costumbres son iguales, y los *taitai* llaman hermanos á sus siervos.

Así como en la edad media se libraba el siervo de la dominacion del señor entrando en la iglesia, en Tartaria el esclavo deja de serlo, haciéndose lama.

Los *lamas* ó sacerdotes de Buddha, que forman casi un tercio de la poblacion, guardan todos el celibato. La vida de la familia se reserva á los legos, llamados allí los *hombres negros*, porque dejan crecer sus cabellos, mientras que los *lamas* llevan la cabeza afeitada.

Los mongoles se casan muy temprano; sus padres arreglan los matrimonios sin que lo sepan los futuros esposos hasta que todo está definitivamente concertado. La mujer no aporta dote, y sus padres reciben del novio presentes cuyo precio ha sido tratado de antemano; por eso los tártaros dicen naturalmente: He comprado tal joven para mi hijo.

Dispuesto todo, el padre y los próximos parientes del novio van á sentarse en casa de los padres de la novia á la mesa del festin, donde ofrecen á cada uno un vaso de vino, hecho de leche fermentada, en el fondo del cual se halla una moneda; se bebe la leche y se guarda la moneda. Esto se llama *sellar el acto*.

El dia de la boda, el futuro envia una diputacion en busca de la novia. Despues de un simulacro que figura un rapto, la joven corre á caballo á su nueva habitacion. Despues de engalanarse, va á la tienda de su suegro, donde se prosterna ante la imagen de Buddha, delante del hogar y los parientes del marido, en tanto que los *lamas* pronuncian las oraciones consagradas. Al mismo tiempo, el marido ejecuta las mismas formalidades en casa del padre de su mujer.

Durante la ceremonia llegan los convidados trayendo consigo comestibles y rebaños; estos presentes que se hacen al padre del novio, sirven para indemnizarlo de los gastos hechos para recibir á los huéspedes. El banquete de la boda, notable por la profusion de viandas crasas, de tabaco y aguardiente, dura una semana entera.

Los tártaros pueden tener muchas mujeres. La primera esposa es la dueña de la casa; las esposas siguientes le deben respeto y obediencia. Como la clase de los *lamas*, que la política china tiende á fomentar, es numerosa, la poligamia le parece á M. Huc en el estado actual de la Tartaria un remedio contra el libertinaje.

El divorcio está admitido, y se usa con frecuencia. El marido devuelve simplemente la mujer á su familia, diciendo que no la quiere guardar mas, y como estos no restituyen los bueyes y carneros que recibieron en cambio, no se quejan, esperando hacer una nueva venta.

Las ocupaciones de los hombres son poco numerosas. A veces van á la caza, aunque este ejercicio no es en ellos una pasion; los ciervos ó faisanes que matan los regalan á sus reyes. Llevan sus ganados á buenos pastos. Cuando se les escapa un animal, siguen á galope su pista hasta que dan con él. A veces, armados de una vara larga, á cuya punta han hecho un nudo corredizo, se precipitan sobre los pasos de un caballo indómito; cuando lo alcanzan, tomando las riendas con los dientes, cogen la vara con las dos manos, y echándose hacia adelante, hacen pasar el nudo corredizo por el cuello del caballo; este se para comunmente; algunas veces, cuerda y vara se rompen, pero el jinete no cae de su caballo.

Apénas dejan los pechos, los tártaros aprenden á montar á caballo. Verdaderamente son los centauros de la Fábula; el hombre parece nacido sobre el caballo. Los mongoles duermen en sus viajes á caballo ó sobre el camello sin apearse jamás.

Cuando un tártaro se fastidia de guardar el rebaño, ó de fumar acurrucado su pipa en la tienda, coge el látigo, monta á caballo, y se lanza en el desierto al azar; y cuando ve algun jinete ó tienda se vuelve satisfecho de haber hablado algunas palabras con un extraño.

Las mujeres hacen una vida mas activa. Además del gobierno doméstico, tienen á su cuidado la costura, el adobo de las pieles y el arreglo de la lana. Ellas hacen vestidos completos desde los pies á la cabeza; su trabajo hecho lentamente, con instrumentos imperfectos, parece indestructible. Y aun brillan en un trabajo mas delicado y que causará admiracion: « Quizás no se encontrarían en Francia, dice M. Huc, bordados tan

acabados y hermosos como los que hemos visto en Tarta.

La hospitalidad es la virtud del desierto. ¿Cuántas veces han visto los misioneros á ginetes que corrian hácia ellos para decirles: « Los hombres son todos hermanos, y se pertenecen unos á otros; nosotros venimos á encender vuestro fuego; » ó bien: « Venid á descansar algunos dias entre nosotros; ¿vuestra presencia nos acarreará la paz y la felicidad? »

Los mongoles son muy religiosos; esta disposicion de su carácter, unida á la dulzura de sus costumbres, les vale la preferencia que les dan los misioneros; sin embargo, el sentimiento religioso no parece en ellos muy elevado, y se confunde con la credulidad del niño, cuya imaginacion recibe, como la cera, toda clase de impresiones.

Los hombres negros tienen en los lamas una confianza absoluta; estos sacerdotes les inspiran una veneracion sin límites, pero no desinteresada. Solos, en efecto, los lamas participan de la vida intelectual. Por pequeña que sea, ellos poseen toda la ciencia de la Tarta: los lamas son sacerdotes, pintores, escultores, arquitectos, médicos, adivinos; ellos son todo.

Si algunos trabajos suyos tienen mérito, la mayor parte de ellos son muy imperfectos, y á veces grotescos. Su medicina es poco complicada; solo emplean algunos simples ó papelitos, en que inscriben algunas palabras, y que el enfermo traga con una confianza ejemplar. Nos equivocamos en decir que no conocen otros remedios, porque los citados son solo preparatorios. Como toda enfermedad debe imputarse á la presencia de un demonio, los verdaderos remedios son los conjuros y exorcismos. Si la enfermedad es tenaz, y sobre todo si el paciente es rico, una ceremonia infernal da al enfermo un sacudimiento tan fuerte, que si no lo pone en pié, es porque lo envia al sepulcro instantáneamente.

Los lamas sirven raras veces al público, si no piensan sacar fruto de su trabajo. Por eso los pobres se resignan á no llamarlos ni para la celebracion de los funerales. Los cadáveres son trasportados sin aparato á la cima de las montañas, ó al fondo de los barrancos, donde las aves de rapiña ó las fieras los devoran muy pronto; así, no es preciso andar mucho por el desierto para tropezar con restos de esqueletos. Pero si el muerto es rico, su cuerpo, puesto en pié en una especie de horno, es quemado, mientras que los lamas recitan oraciones. Cuando se apaga el fuego, se sacan los huesos y se llevan á un gran lama. Este los reduce á menudo polvo, lo mezcla con trigo, lo petrifica todo junto, y con esta pasta compone pasteles de diferente grosor, que superpone de manera que formen una pirámide. Los huesos así preparados se trasportan al sepulcro que los espera. Los lamas gozan siempre de estos honores fúnebres.

Otra clase de sepultura hay que revela un pueblo bárbaro y grosero: la reservada á los reyes. Un edificio de ladrillo, adornado exteriormente con estatuas de piedra que representan asuntos diferentes, les sirven de mausoleo. En este monumento hay una extensa bóveda, á donde se trasporta el cuerpo, y junto á él se ponen vestidos, piedras preciosas, oro y plata en mucha cantidad, todo lo que sirve para hacer agradable la vida. En pié al rededor del cadáver se colocan jóvenes de ambos sexos, á quienes se ha quitado la vida haciéndoles tomar mercurio; merced á tal procedimiento, su cara, según se dice, conserva su frescura, como si estuvieran vivos. Estos tienen en la mano la pipa, el abanico y el frasco del tabaco de su señor. Una máquina infernal pone los tesoros encerrados en estos sepulcros al abrigo de toda tentativa de robo; esta máquina, compuesta de numerosos arcos, está dispuesta de tal suerte, que cuando la puerta de la bóveda se abre, el primer arco lanza una flecha, y hace partir sucesivamente las restantes.

Los mongoles no desean que sus cuerpos descansen en los lugares donde han colocado su tienda. Ciertos países son famosos porque procuran á los muertos una buena trasmigracion, y los parientes ó amigos de estos emprenden frecuentemente largos y penosos viajes para conducir sus cadáveres á estas felices regiones. El lugar mas favorecido para sepultura es la *lamaseria* de las Cinco-Torres, en la provincia de Chan-Si.

La vecindad de Buddha santifica el país circunvecino, porque hace siglos que este dios habita en el interior de aquella montaña. ¿Sois bastante piadoso para comprar á costa de algunas fatigas la vista del viejo Buddha? intentadlo. Esto es lo que ha hecho en 1842 el noble Tokura; despues de haber depositado piadosamente en las Cinco-Torres los huesos de sus padres, se puso á subir arrastrándose á la cima de la montaña que está detrás de la *lamaseria*.

He aquí como cuenta él mismo la feliz vision:

« Antes de llegar á la cúspide, se encuentra un pórtico tallado en la roca. Se postra uno en tierra, boca abajo, y se mira por un agujero tan pequeño como el de la embocadura de una pipa; se está así largo rato ántes de distinguir algo; poco á poco se adquiere el hábito de mirar por aquella abertura, y se logra por último la dicha de percibir en lo profundo de la montaña al viejo Buddha. Está sentado con las piernas cruzadas, y sin hacer nada. En torno suyo están los lamas de todos los países, haciéndole continuamente profundas reverencias. »

Buddha no es siempre tan difícil de contemplar, ó al ménos, si el vulgo no puede aspirar á la dicha de ver las facciones del viejo Buddha, puede muchas veces mirar una de sus innumerables encarnaciones. No solo el Talla-lama, jefe supremo de la religion, sino todos los

grandes lamas que ocupan un rango análogo al de los abades ú obispos católicos, cuyo traje llevan (cosa singular que admiró á los sacerdotes lazaristas), todos los grandes lamas son Buddhas, y participan de la naturaleza divina. Por esta circunstancia la muerte no los hiere sino de una manera imperfecta. Cuando el cuerpo de un Buddha se convierte en cadáver, se le rinden los honores supremos, y se busca enseguida su alma, la cual acaba siempre por encontrar en el cuerpo de un niño, que se reconoce al punto como gran lama, volviendo así á tomar posesion de la *lamaseria*, de la que solo se habia alejado momentáneamente.

Las *lamaserias* son pueblos que habitan únicamente los lamas. Como no hacen la vida nómada, en lugar de tiendas habitan casas. En las *lamaserias*, como en otro tiempo en los monasterios, se encuentran quizás gérmenes de una civilizacion mas avanzada, seguramente los únicos vestigios de la actual.

Este pueblo de pastores, perdidos en un inmenso territorio, en que traen una vida pobre y miserable, cuyas costumbres están lejos de ser belicosas, ha sido, no obstante, un pueblo que ha hecho temblar al mundo. Los chinos no han olvidado que sus tributarios han sido sus vencedores y señores; en efecto, apenas hace dos siglos que sus antepasados levantaron, para defenderse contra las incursiones de los tártaros, la gran muralla, que viene ahora á tierra. Pero los descendientes de Gengiskan no piensan actualmente en atravesarla. Sin embargo, los mongoles no han perdido el recuerdo de sus pasadas glorias; durante su descanso, se cuentan unos á otros las hazañas de Gengiskan y Tamerlan, y sueñan todavia con proyectos de invasion y de conquista.

En Mongolia hay una especie de bardos que, semejantes á los trovadores de la edad media, recorren el país, y van cantando de tienda en tienda, acompañándose con un instrumento de tres cuerdas, parecido á un violín, las poesías compuestas por ellos, ó las que han recogido trasmitidas de generacion en generacion. El mas famoso de estos cantos patrióticos, el canto de Timur ó Tamerlan, es un recuerdo de guerra y conquista, junto con el deseo de ver renacer tan gloriosos tiempos. Citarémos las primeras estrofas:

« Cuando el divino Timur habitaba nuestras tiendas, la nacion mongol era temible y guerrera; sus movimientos estremecian la tierra; con una mirada helaba de espanto á los diez mil pueblos que alumbra el sol.

« ¡Oh, divino Timur! ¿renacerá pronto tu grande alma? ¡Vuelve, vuelve, te esperamos, Timur!

« Nosotros vivimos en nuestras vastas praderas, tranquilos y pacíficos como corderos; sin embargo, nuestro pecho hierve, y el corazón está lleno de fuego. El recuerdo de los tiempos gloriosos de Timur nos acosa incesantemente. ¿Dónde está el jefe que debe ponerse á nuestra cabeza, y hacernos soldados?

« ¡Oh, divino Timur! ¿renacerá pronto tu grande alma? ¡Vuelve, vuelve, te esperamos, Timur!

El canto continua en el mismo tono, y concluye así:

« Dispuestos estamos, los mongoles están en pié, ¡oh, Timur! y tú, Lama, derrama la dicha en nuestras flechas y nuestras lanzas. »

Aunque M. Hue no juzga imposible que los mongoles se levanten un dia, tan impetuosos y terribles como en otro tiempo, respondiendo á la voz de alguno de sus sacerdotes, hasta ahora estos himnos guerreros parecen mas bien un recuerdo de un poder desvanecido, que una excitacion que puedan temer sus vecinos. Sus príncipes van todos los años ó envían pomposas embajadas á la corte del gran Khan de Peking, á deponer sus tributos y adorar el trono que ocupó uno de los suyos; y se tiene por muy dichoso aquel que, prosternado en el camino del Santo-Señor, puede entrever el extremo de su túnica amarilla, cuando se dirige al templo ó reverencia los espíritus de sus antepasados.

F. M.

Los baños de Uriage.

Un curioso capítulo de la historia de nuestra industria contemporánea seria comparar las hosterías del siglo pasado con las fondas del actual.

Vamos á bosquejar una página de este asunto hablando de la comodidad de que gozan ahora en las aguas termales las personas que no poseian ni aun lo que se llamaba, cincuenta años hace, una media fortuna.

El bienestar indisputable de la vida ociosa y tranquila que se hace en las localidades termales, las relaciones amistosas que se entablan entre los extranjeros á quienes reúne allí la falta de salud ó la necesidad de descanso, y que detienen las faltas y placeres, ofrecen una especie de transformacion agradable en nuestros hábitos de sociabilidad, y en nuestros usos de urbanidad y benevolencia. Esta trasformacion será una de las cosas actuales mas interesantes para el estudio en su desarrollo y progreso.

Otra no ménos importante se descubre en la organizacion de los elementos de bienestar de la vida comun. Las mejoras adquiridas durante los últimos años, manifiestan la extraordinaria actividad que se ha gastado, si se puede decir así, para hacer gozar de este bienestar á la clase media y aun á la obrera, fuera hasta ahora del movimiento que llevaba á las familias ricas hácia esos lugares de placer y distraccion que se llaman brevemente las aguas y los baños de mar. La parte ménos acomodada de la clase media parece que va á aprovecharse muy completamente de las mejoras obtenidas

por la industria y la persistencia activa de los dueños de hosterías y fondas situadas en las localidades termales.

Para formar idea del impulso dado á la construccion y al lujo de las fondas se necesita visitar la Suiza y la Alemania. Francia comienza á seguir este movimiento de progreso. Ciertas fondas parecen palacios, otras inmensos cuarteles, pero con la diferencia de que estos son monotonos y tristes, al paso que las fondas nuevas son á veces modelo de habitaciones elegantes y pintorescas. Arquitectos novadores, obreros inteligentes edifican casas públicas (permítasenos la denominacion) notables, y saben sacar partido de la pequeña dimension de las habitaciones que han de amueblar. La industria y las bellas artes rivalizan en celo y talento. Se trata de deslumbrar y retener mucho tiempo á la clase media, y con este fin no se economiza nada. Cuanto mas difícil de contentar se muestra, tanto mas se hace para lograrlo. Esto consiste en que la clase media es la mas fuerte no solo por el número, sino por su actividad y la constancia que pone para llegar á todo, penetrar en todas partes, y hacerlo todo suyo. Honor á la clase media, exclaman los fondistas; para cada noble, hay cien plebeyos. Ciertamente, pero muchos plebeyos querrian ser nobles.

En los Pirineos, en Vosges, Dauphiné y Auvergne, los establecimientos termales se han visto cercados de muchas y suntuosas fondas, de dia en dia se extienden y generalizan en favor del mayor número posible el bienestar y el regalo de la vida pacífica y tranquila. Sin salir de la fonda, se tiene un salon de reunion, salas de juego, libros, periódicos, música, mil cosas que constituyen el bienestar de la vida campestre. Fuera, flores, sombra, lípidos arroyos, graciosos paseos, todo lo que constituye tambien la belleza y el valor de un verdadero parque.

Todas estas cosas encantadoras, poseídas ántes por familias ricas, se ofrecen á la clase media mediante una módica cantidad pagada por dia al dueño de la fonda ó al empresario de los juegos y fiestas. En estos ricos salones, en medio de tan bellas sombras puede codearse la plebe con las gentes de antepasados ilustres.

Las fondas de las localidades termales son las casas de campo de la clase media. Día llegará en que los palacios verdaderos se convertirán en hospederías para uso de los plebeyos, que tomarán en alquiler parte del jardín y el parque con un pabellon del palacio. Insistimos en el hecho de la verdadera vida de quinta que se hace en los baños, porque es uno de los progresos mas positivos de la civilizacion moderna. Para que nuestros lectores se convenzan de ello ofrecemos á su vista el grabado que da motivo á este artículo, y que representa la vista general de los baños de Uriage.

Hace pocos años, Uriage se componia de un solo edificio. El grabado hará comprender mejor que toda explicacion el conjunto de las construcciones actuales. No dejará de observarse que los baños y muchas fondas ocupan el risueño y fértil valle, en cuyo fondo están situados. Allí no hay pueblo ni aldea, cuya vecindad sirve á veces de estorbo ó embarazo. Situado á una hora de distancia de la hermosa é importante ciudad de Grenoble, Uriage debe á esta corta, pero suficiente distancia, la comodidad de poderse surtir de cuanto necesita.

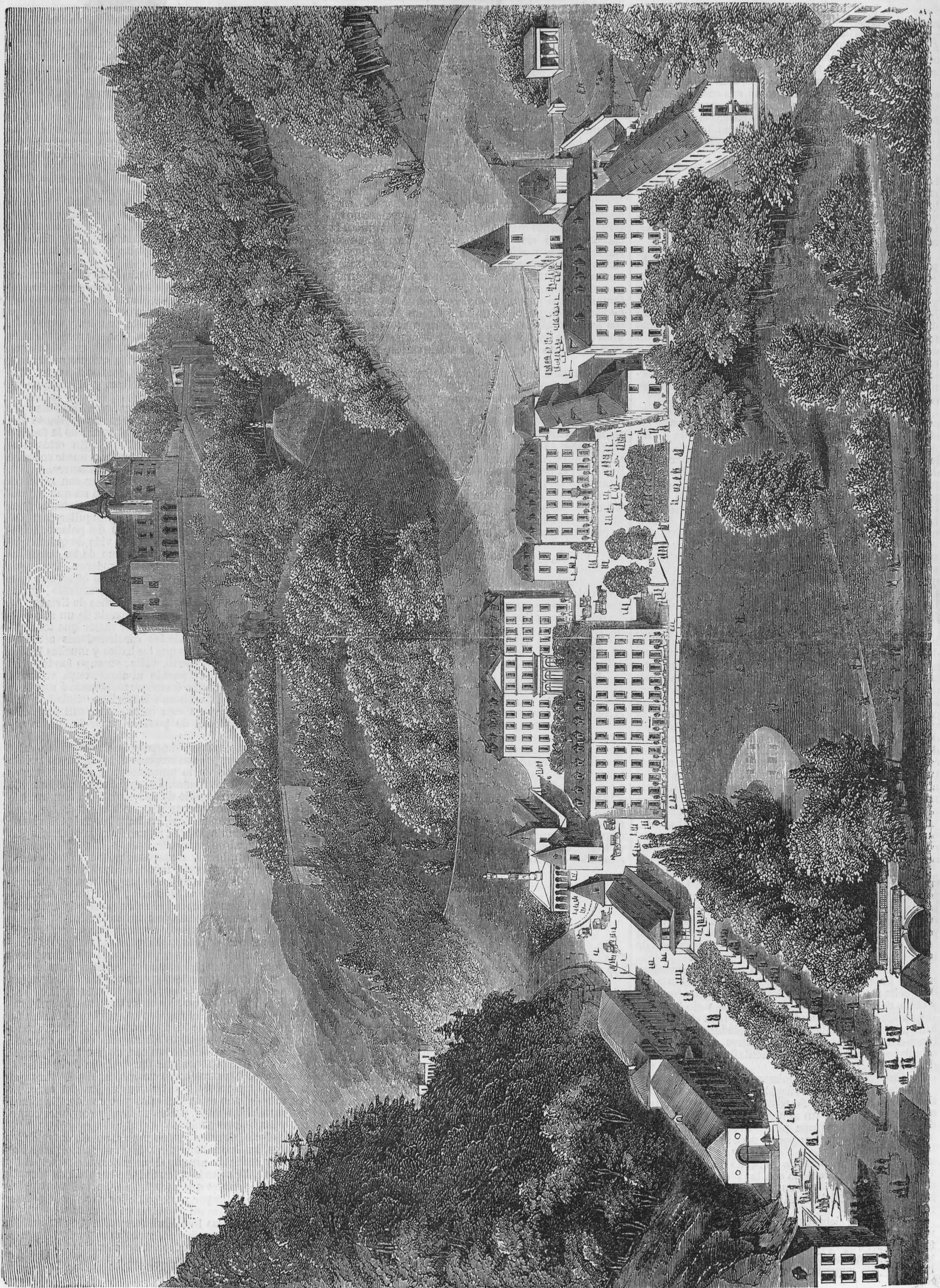
Hemos comparado las hospederías de hoy á las quintas de otros tiempos con respecto al bienestar de la vida comun; respecto de lo pintoresco, la comparacion es desventajosa á las fondas. Los arquitectos que han ido de Paris, ó han venido de provincias, no han tomado por desgracia mas que un solo modelo, el de las casas nuevas de esta capital. Así, las fachadas de las fondas de Bélgica, Alemania, Italia, Suiza, Francia y España son por lo general enteramente iguales. La diferencia de climas, costumbres y materiales no ha influido en el ánimo de los arquitectos. Parece como si todos hubieran copiado el mismo modelo de casa por una fatal coincidencia. Al Norte ó al Mediodía, en climas cálidos ó frios, la misma fachada, el mismo estilo de ornamentacion, el mismo sistema de construcciones.

Fachadas de seis pisos, como en Paris, ventanas de vidrio, paredes delgadas, tabiques mas delgados todavía, que si impiden el ver, permiten el oír; corredores estrechos, puertas numeradas y hornillos económicos, tales son las casas modernas construidas en los valles, en medio de las montañas, al borde de precipicios ó en el fondo de los bosques. No se ha tomado en consideracion ni las nieblas, ni los vientos, ni el sol, ni la nieve. He aquí el cálculo de los fondistas: edifiquemos económicamente; no hagamos chimeneas en los cuartos; abramos puertas de comunicacion por todas partes; tengamos habitaciones que dar desde la bodega hasta el granero. Nuestras casas no son habitadas mas que tres ó cuatro meses, y estos siempre los del estío. Lo restante del año están desiertas y cerradas. Hagámoslas agradables estos cuatro meses, y contemos con el sol y las buenas noches.

En efecto, durante cuatro meses, en el centro de los montes, las localidades termales presentan el mas brillante y seductor aspecto de animacion, prosperidad y bienestar. De cuando en cuando se encuentran algunos enfermos y gentes que se fastidian (en todas partes los hay); pero el mayor número de los que van á bañarse ó tomar las aguas solo piensan en divertirse.

En honor de las localidades termales y de su influjo, debemos decir, que los enfermos que pueden pasearse por los vericuetos, vuelven á su casa restablecidos, y satisfechos de haber tomado baños y chorros.

V. P.



Los baños de Uriage.



Cabalgata en favor de los pobres,

EN LA CIUDAD DE NERAC.

La fiesta de caridad celebrada el domingo 1º de mayo en Nerac, con un brillo un órden y un concierto que honran á su director, tenía por objeto el representar uno de los episodios mas interesantes de los anales de aquella ciudad. « La recepcion por N. Enrique de Navarra, en sus dominios, de la jóven esposa que le habia salvado la vida en la matanza de la San Barthelemy. »

Enrique IV, (segun M. Villeneuve-Bargemont) estaba entónces indispuesto con Margarita de Valois, su mujer; la reina madre, con pretexto de reconciliarlos, fué á Guienne, acompañada de muchas y hermosas señoritas, á quienes juzgaba á propósito para secundar sus miras políticas, conocidas las inclinaciones del rey de Navarra. Este partió al punto para la Reole, de donde trajo á Nerac á su mujer, á la cual el celo de sus habitantes preparó una recepcion tanto mas espléndida, quanto que parecia que la paz general debia resultar juntamente de la reconciliacion del principe con su jóven esposa, y de las conferencias que debian celebrarse en la ciudad.

Versos de toda especie expresaron á porfía el general regocijo; Salustio de Bartas, que á la sazón habitaba en Hodosse, no dejó escapar la ocasión de mostrar su talento, y compuso un diálogo en tres idiomas, que fué recitado ante la reina por tres señoritas del país, representando una la musa gascona, otra la musa francesa, y la tercera la musa latina.

Sin entrar en los detalles de la fiesta, que traía á la memoria estos recuerdos nacionales, detalles que hace inútiles el ejercitado pincel de M. Eduardo Fauché, dirémos solamente, que todos los actores que figuraban en aquel cortejo histórico se han mostrado, por la elegancia de sus maneras, y la exactitud de los trajes, dignos de los nobles personajes que representaban, y que los pobres de Nerac estarán agradecidos por las ofrendas recojidas con un celo incansable por los numerosos demandantes que, vestidos ricamente, bajaban con este objeto sucesivamente del carro que terminaba tan magnífica cabalgata.

Por la noche hubo iluminación y fuegos artificiales. Despues, como en Nerac, y en todas partes, no hay fiesta buena sin fiestecita, los bailes y los conciertos la sustituyeron el día y la noche del lunes inmediato.

G. F.

El Alferez D. Gabriel.

FANTASIA MARÍTIMA.

I.

Llamarse D. Gabriel Badajoz Serrano y Lopez; tener justos 25 años, cinco piés y cuatro pulgadas, dos hermosos ojos, aire marcial, que realzan unos magníficos bigotes negros, además el grado de alférez de navío en la armada de su majestad católica (á razón de 50 duros al mes, lo que haría indudablemente al año 600 duros, si se pagaran al corriente); tener títulos y condiciones de acreedor del estado por la cantidad de tres años de tan soberbio sueldo; deber, por otra parte, seis veces mas, y ser, ainda mais, la flor de la caballería estremeña, la perla de las maniobras de la escuadra, el rubí de los académicos de todas las Españas, y sin disputa el mas enamorado de los mortales que la fortuna haya echado en la ciudad de la Habana, ¡es algo voto á brios! Es algo mas que nada, atendida la ración que el real provisionista nos entrega tarde y mañana. — Pero no poner por todo blason, patrimonio, muebles é inmuebles, presentes y venideros, mas que su buena cara y la espada de un oficial de fortuna, por bien templados que estén el hombre y el acero, es preciso, ¡ay, convenir, que no es esto el Perú! No, créame quien quiera, las esperanzas no son lisonjeras, cuando, en resumidas cuentas, no se tiene el valor de un maravedí que ofrecer á la hija única del ilustrísimo D. Antonio Barzon, marqués de las Ermaduras y Famarotes, grande de España, brigadier de los reales ejércitos de su majestad, comendador de sus órdenes, y gobernador general de la isla de Cuba y sus dependencias. Es muy cierto que dicho señor es el padre mas brutal y fastidioso de los barbones que haya producido nuestra cara patria; — pero tambien lo es que yo soy el mas cortés, mas galante, mejor mozo, y mas divertido con las señoritas, sobre todo cuando las enamoro: ¿De qué serviría una modestia tonta? De Pamplona á Cádiz, de la Trinidad española á Méjico, Juana buscaría inútilmente otro que me igualara. ¡Y bien, por vida mia, que se me figura que ella lo conoce! ¿Cómo explicar sino el largo elogio que ha hecho esta noche de los aventureros, piratas y corsarios?..... Asunto grave para mis meditaciones, y que me decide á jugar el todo por el todo lo mas pronto posible.

Tal era el exordio y la muestra de un largo monólogo que se dirigía á sí mismo D. Gabriel Badajoz Serrano y Lopez al salir del palacio del excelentísimo señor gobernador de la Habana.

Era cerca de la una de la mañana, los coches y volantes rodaban con estrépito por las calles, alumbradas por las antorchas de los negros esclavos que acompañaban á casa á sus señores. Ya se sabe porqué razón nuestro alférez de navío iba á pié y sin escolta; por eso, muy prudentemente, habia desenvainado el sable segun uso y costumbre de la infantería; con mas prudencia todavía iba por medio de la calle ojo avizor y oído alerta, especialmente cuando se trataba de atravesar alguna encrucijada. Espesos vapores ocultaban las estrellas, la luna era nueva, y la policía no muy bien hecha: otras tantas razones para no ir descuidado. Un bandido, poco al corriente de los usos y costumbres del Tesoro real en algunas épocas, hubiera podido creer que si la bolsa de un oficial de marina no contenía cartuchos de onzas ó doblones, contendría al ménos algunas doblas y columnarias. D. Gabriel tenia interés en no exponer á ningún industrial nocturno á un triste error, él, que se habia visto imposibilitado de jugar un solo duro en casa del gobernador. Esta cruel necesidad lo colocó entre los infatigables; no habia dejado de bailar ni una sola cosa en toda la noche, ni las habaneras, ni la contradanza, ni el rigodon, hasta el cotillon y galop final. Doña Juanita lo cumplimentó en estos términos:

— Lo felicito á Vd., señor Badajoz, dijo ella, por vuestro brillante ardor, y celebro que haya Vd. renunciado al juego.

— ¿Cómo podría yo buscar otras emociones cuando

tengo la dicha de estar al lado de Vd. ? Todos los tesoros del mundo no valen una de las sonrisas de Vd., divina Juana; si tuviera en mi poder los galeones de España, los cambiaria por una mirada de Vd.

— Hubo un tiempo, respondió Juanita, haciendo alusión á una conversacion anterior, hubo un tiempo en que los caballeros no hablaban de galeones en los bailes, y en que sabian ir tras ellos en alta mar.

— Si se necesita para complacer á Vd. el ser pirata, yo perderé el nombre que tengo, ó lo seré ántes de ocho dias, replicó D. Gabriel retorciéndose el bigote.

Juana soltó una carcajada:

— ¡Caramba! dijo ella, por la extravagancia del caso, lo desafiaria á Vd. de buena gana á hacerlo, señor matamoros.

— Y yo lo aceptaré, tan cierto como es Vd. la reina del baile, y la mas digna de ser adorada.

— Tenga Vd. cuidado, no sea que lo oigan, interrumpió Juana bajando la voz; se creeria que lo autorizo á Vd. para tener tanta audacia.

— No tema Vd. nada, alma mia, repuso D. Gabriel con calor; me tendrian por loco oyéndome hablar de este modo á la hija del marqués de las Ermaduras, y no se equivocarian; ¡porque estoy loco de amor, soy un loco de atar! No pienso mas que en Vd.; no vivo mas que con la esperanza de ver á Vd. Por la noche en la fragata, á Vd. se dirigen todos mis pensamientos, todos mis deseos, todos mis suspiros. Mas de cincuenta sonetos he hecho en alabanza de Vd., que no la ofreceré porque no valen nada; pero tambien he hecho un romance, que me permitirá Vd. que le traiga, ¿no es verdad Juanita?

— ¿Sabe Vd., caballero, murmuró la jóven asustada, sabe Vd. que si lo oyera á Vd. mi padre, vuestra vida misma correria peligro?

— Y sabe Vd., replicó D. Gabriel, que cuando se está resuelto á hacerse pirata, se rie uno de la cólera de todos los gobernadores del mundo, por mas que fuesen diez veces grandes de España, y veinte veces mas severos que el excelentísimo señor D. Antonio Barzon?

— ¿Cómo? preguntó Juanita.

— ¿No hacia Vd. poco, el elogio de los aventureros y corsarios? ¿no hablaban Vd. con entusiasmo, no hace una hora, de las hazañas de los hermanos de la Costa? no ha suspirado Vd. diciendo: ¡Ah! si los castellanos de hoy fueran gentes de corazón, pronto tomarian la rebancha, y ¿espumarian á su vez el mar á expensas de sus enemigos? Le juro á Vd. que estas palabras no han sido perdidas.

— ¡Seriamente! replicó la jóven con aire burlon.

— Seriamente, Juana, tan cierto como amo á Vd. con frenesí.

— ¡Silencio, pues! se excede Vd. esta noche, y si continua así, no bailaré mas con Vd.

— Dispénsese Vd. señorita, prosiguió el alférez con tono desembarazado, no ponga Vd. su cara enojada, ya sabe Vd. que estoy loco de amor por ella. ¡A poco mas que frunza Vd. sus cejas de diosa, seré capaz de todo género de extravagancias, aunque el señor D. Antonio Barzon me hiciera cuarto como á una sandía!

— Siempre el mismo, replicó risueña la jóven, levantando hácia el alférez sus rasgados ojos negros; se chancea Vd. cuando debiera de estar avergonzado y arrepentido.

— Por mi alma y mi conciencia, que si no estuvieramos rodeados de gente, ahora mismo me arrojaría á los piés de Vd. para implorarla mi pordon, llevando á mis labios esa preciosa mano que no se atreve Vd. á negarme. Y á fe mia, que mas quisiera esa actitud que no esta con que tengo que conformarme ahora.

— ¡Esto es demasiado! ¡cállese Vd.! ¡yo lo mando!

— Cuando sea capitán de corsarios, confío en que será Vd. ménos cruel con su esclavo.

— Tal vez, dijo indiscretamente la jóven, desarmada por la chusca pantomima de D. Gabriel, á pesar de todos sus esfuerzos para imponerle cierta reserva.

— ¡Tal vez! no olvidaré la respuesta; dentro de ocho dias será quizá útil el recordársela á Vd.

— Enhorabuena! ¡basta de habladurias!

— Muy bien, dijo ligeramente D. Gabriel; en la misa de Noche-buena verá Vd. si miento.

— ¡Decididamente se hace Vd. capitán de corsarios para ese día!

— Hasta entónces puede Vd. ponerlo en duda, pero despues.....

— ¿Despues, qué sucederá, si Vd. gusta? preguntó irónicamente la jóven.

— ¡El que viva lo verá! respondió con gravedad D. Gabriel acompañándola á su asiento.

En seguida, al retirarse los ricos habitantes, los dignatarios coloniales y las señoras de la Habana con el ceremonial de costumbre, el alférez se salió discretamente, no sin haber saludado con una mirada amorosa á la encantadora Juanita, que hizo semblante de no haberla notado.

Despues de una multitud de digresiones, D. Gabriel, que continuaba su camino blandiendo el sable, concluyó en estos términos:

« ¡Pirata, corsario, filibótero! ¡sea! ¡una vez solo se puede ser ahorcado, y bien merece Juanita que se corra este riesgo por ella! »

El problema estaba muy distante de su solución, pero la determinación estaba tomada; no faltaba mas que encontrar los medios de ejecutarla. El jóven alférez, pues, se rompió la cabeza con una multitud de proyectos extraños, cuando creyó apereibir en la sombra á un individuo oculto bajo un arco cerca del muelle.

— ¡Hola! gritó D. Gabriel.

¡Ah! es el teniente, dijo con mal humor un hombre que volvió al cinto un enorme cuchillo.

— ¿Qué hacías tú ahí? mala pécora, continuó el oficial; tú debías estar en el bote aguardándome.

— Eso hacia, mi teniente, porque estaba seguro de que pasaria Vd. por aquí para llegar al buque.

— ¡Pero en fin, ¿qué hacías bajo esa puerta cochera, señor Brimbollo?

— Nada, ¡oh! nada absolutamente, señor Badajoz.

— Apostaria, tunante, á que estabas acechando la ocasión de desplumar algun honrado paisano. ¿Qué significa ese gran cuchillo?

— ¿Cree Vd. que hay paisanos honrados en este país? dijo el marino: á fe mia, tanto peor para ellos. Si quiere Vd. que diga la verdad, estaba buscando el medio de hacerme con un poco de tabaco. Estar en la Habana, mi oficial, y no tener un miserable cigarro que fumar de vez en cuando, es capaz de condenar á un santo del paraíso. Si por lo ménos nos pagaran un mes por cada cuatro, ó nos enviaran á cruzar contra los ingleses, se podría tener paciencia.

— Camarada, dijo el alférez, ablandándose poco á poco, tú tienes trazas de tener ancha la conciencia.

— Salvo mejor parecer, mi teniente, el tesoro, que no nos paga, la debe tener mas ancha todavía. Yo me hubiera contentado, se lo juro á Vd., con la menor cosa, con un medio duro, con una columnaria, con un real de plata, á mal andar. No está prohibido á los pobres el pedir limosna.

— ¡Bueno, repuso D. Gabriel, riéndose, pedir limosna con puñal en mano, y á las dos de la noche!

— ¡Es porque los ricos tienen el oído y el corazón tan duros!

Brimbollo era un marino vigoroso, cortado como un Hércules, cuadrado, color de aceituna, velludo, barba y cabellos negros tostados, ojo fiero, fisonomía ceñuda, pero por otra parte, excelente marino, y muy influyente en el castillo de proa. Hacia veces de contramaestre á bordo de la fragata *Santa Fé*, de la cual era cuarto teniente el alférez D. Gabriel.

— ¿Díme, y querrias tú, continuó este último, querrias tú salir á dar caza á los ingleses?

— A los ingleses, ó á otros; yo no tengo preferencias. Si hablo de los ingleses, es porque estamos en guerra con ellos.

— ¿Y creés tú que se hallarian en la fragata cuarenta mozos de tu opinión?

— No tendria mas que levantar el dedo para llevarme conmigo un ciento esta misma noche.

D. Gabriel soltó por toda respuesta un juramento extraordinariamente gutural, de esos que no hay francés que pueda nunca pronunciar.

— Sí, mi teniente, continuó Brimbollo, con una palabra, con una señal me llevaria los cien mas fuertes de la tripulación. ¡Oh! si hubieramos encontrado un oficial que nos mandara, tiempo hace que hubieramos corrido con la fragata ó sin ella; por desgracia nosotros no sabemos calcular las cosas. Así, no hay mas que resignarse, hacer su pequeño servicio y aguantarse...

Los dos interlocutores hubieran deseado leer en la fisonomía del otro, pero la noche estaba como boca de lobo. D. Gabriel sabia bastante para su gobierno, y quedaba prevenido; el señor Brimbollo se habia declarado suficientemente.

— Si por su mala estrella, pensó este, vuelve contra mí lo que acabo de decirle, su indiscreción le costará cara!

Una ojeada al cuchillo sirvió de comentario á tan agradable reflexión, despues de la cual, patron y oficial se embarcaron en el bote.

La *Santa Fé* estaba anclada lejos del embarcadero; para dirigirse á ella, era preciso pasar á través de muchos buques mercantes, negreros y ligeras embarcaciones que el alférez miraba con ojos codiciosos. Sobre todos, examinó muy especialmente un largo brick-goleta, anclado á distancia de los demás. El *Caprichoso*, — pues tal era su nombre, — tenia la proa tan afilada como un puñal, el centro al nivel del agua, los palos atrevidamente inclinados sobre la popa, el cuerpo negro, la cintura roja. Presentaba cierta analogía con un reptil ó ave de rapiña, como un dragon, un milano ó un águila marítima. El resplandor fosforescente de la marea, que subia en aquel momento, permitia el admirar la finura de sus formas.

— ¡Bonito pedazo de madera! murmuró Brimbollo.

— ¿Están envergadas sus velas? preguntó el oficial en voz baja.

— Sí, mi capitán, respondió afectadamente el patron del bote.

El alférez se conmovió oyéndose dar este título, al cual no estaba acostumbrado.

Media hora despues despertaba á su amigo Fernando Riballosa, guardia marina que llenaba las funciones de quinto teniente de la *Santa Fé*.

Fernando tenia veintiocho años cumplidos. Al comenzar su carrera, se habia lisonjeado con la esperanza de medrar, y como otros muchos habia soñado con el grado de alférez de navío; despues de seis años que hacia que no deseaba nada, entretenia sus ocios en pescar con caña; y para esto era muy preciso que hubiera pasado por todos los desencantos del oficio. Por otra parte, era un jóven tan frio como el hielo, temperamento que desafiaba la fiebre amarilla, fiaco, seco, sin reirse jamás; y sin embargo, entregado cuerpo y bienes á uno de los mas alegres y descabellados, es decir, á don Gabriel Badajoz.

— ¿Tienes miedo de que te cuelguen? le preguntó este bruscamente.

— ¿Para hacerme esa necia pregunta me haces subir aquí á semejante hora?

— Mi pregunta no es tan necia como parece; respóndeme categóricamente.

— ¡Buena! ¡no! dijo el guardia marina. ¿Y qué?

— ¿Qué? que tengo un proyecto en el que tú figuras en primera línea, y que puede llevar derecho á la horca.

— ¡Ah!

— No se trata de nada ménos que de desmoralizar una parte de la tripulacion, de apoderarse del brick-goleta que ves allí, de salir con él en corso, y ántes de todo de robar á la hija del gobernador, doña Juanita de las Es-maduras, de la cual estoy perdidamente enamorado.

— ¡Toma! vaya una cosa rara, dijo Fernando.

— ¿Quieres tú dar un golpe de mano?

— A la goleta sí, á la niña, no; ¿qué diablos haríamos con ella á bordo? No me hables de mujeres, mas me gustan los pescados, si son mudos.

— ¡Te digo que estoy enamorado!

— ¡Tanto peor!

— Y solo he combinado este negocio para lograr la conquista de Juanita.

Fernando se levantó de hombros.

— ¿Es decir que tú me abandonas?

— ¡Tú me insultas!

— ¿En ese caso, consientes en todo?

— ¡Preciso es, voto á cribas!

— ¡Amigo sin igual! exclamó alborozado don Gabriel, queriendo arrojarle al cuello de Fernando.

El otro lo rechazó llanamente, un español flemático seria capaz de desconcertar á un holandés.

— ¿Tienes un cigarro? preguntó el guardia marina.

— ¡Ah! ¡no!

— Bien, ¡buenas noches!

— No te vayas tan pronto, repuso con viveza Gabriel; aguarda un poco, y hablemos algo de nuestros preparativos.

— ¿Para qué?

— ¡Graciosa pregunta! ¡que diablo! un plan es necesario.

— Hazlo tú solo; tú darás la consigna, y yo la ejecutaré.

Con lo cual, Fernando se volvió á su camarote, y poco despues dormia el sueño del justo; en cuanto á Gabriel, en toda la noche no pudo cerrar los ojos.

(Se continuará.)

Un teatro de estilo arabe en Tiflis

(GEORGIA).

Por primera vez desde la creacion del mundo han visto los georgianos edificarse un teatro en medio de su capital.

Este teatro, el único tal vez que ha sido construido y decorado en su interior por el estilo arabesco, es sin contradiccion uno de los mas elegantes y mas espléndidos que se pueden idear en este género.

La forma general de la sala es un hemicíclo que contiene, además de la platea, dos filas de palcos y un anfiteatro, terminando el todo en una inmensa arcada ogival.

En frente de la escena y sobre la puerta de entrada se eleva el palco imperial. Este palco se destaca en medio de otros cuatro simétricamente colocados, dos á cada lado, y todos ellos á la misma altura que los principales, y tanto estos como los bajos, que son del estilo oriental mas puro, causan un sorprendente efecto. El conjunto forma un elegante pabellon de dos pisos que domina todo el fondo del teatro. En el piso principal ogivas, en el bajo, gradas con intersticios llenos de cristalizaciones, forman las arcadas de los palcos. El todo está coronado por una serie de almenas puntiagudas y doradas, de cuyo centro surge la graciosa cúpula persa que corona el palco imperial.

Ogivas de remates dorados, arabescos de gran variedad y exquisito gusto, cubren las paredes de los palcos.

La riqueza y profusion de las esculturas que cubren las bóvedas de los palcos del proscenio; la gracia de las líneas que marcan la interseccion de las bóvedas con las paredes del escenario; el brillo y feliz combinacion de los colores que resaltan en las columnatas, así como el interior de los palcos, hacen una de esas fantásticas creaciones de las *Mil y una noches*, que dejan entrever los poetas árabes en sus sueños dorados. Es como la resurreccion de uno de los mas deliciosos motivos de la Alhambra brillando con oro y azul.

Todo alrededor y delante de los palcos bajos resalta una serie de arcos sostenidos por pequeñas columnas. En cada uno de estos nichos se ve un vaso de plata de forma oriental, destacándose sobre un fondo dorado. Esta superposicion de los dos brillantes metales (con permiso de la heráldica) produce muy buen efecto. De cada uno de los vasos sale una flor con su color natural.

Una verja de hierro de dibujos árabes (blanco y oro) corre al rededor del anfiteatro. Ligeras y caprichosas lámparas colocadas en columnas doradas siguen la curva de la verja y forman una corona luminosa.

La bóveda del teatro está cubierta con un rico arabesco alrededor del que brillan en letras de oro los nombres de los mas ilustres autores dramáticos del mundo

entero: Esquilo, Plauto, Soudraka el indio, Shakspeare, Calderon, Molière, Goëte, etc.

Nada mas armonioso y mas resplandeciente á la vez que el efecto producido por la combinacion de los colores. El azul con un toque ligeramente verde, de esa deliciosa nubecilla llamada *cæruleum*, es el color dominante: el oro, el blanco y la plata le están subordinados en proporciones llenas de gusto.

Una encantadora decoracion (la sala de los leones de la Alhambra), ejecutada con rara habilidad por M. de Herbes, habia trasformado, el dia de la apertura del teatro, la misma escena en un rico salon arabesco. Esta decoracion, en armonia con el teatro, produjo un brillante efecto.

Hacer un monumento que no sea una imperfecta é insignificante copia de los de la Europa occidental.

Herir la imaginacion oriental con una soberbia muestra de esa arquitectura rica, elegante y caprichosa que tiene el don de encantar á los pueblos de aquellas comarcas.

Despertar el gusto, el amor por lo bello con un monumento cuya elegancia y esplendidez puedan ser comprendidas por aquellos pueblos, pueblos que la vecindad de la Persia y Bizancio los habian iniciado ántes en este género de belleza arquitectónica, así como lo manifiestan algunos palacios, innumerables mezquitas y muchas iglesias cuyo noble y gracioso aspecto asombra al viajero maravillado.

En una palabra, haber producido á través de mil obstáculos una obra única en su género, digna de ser admirada é imitada por el Occidente, y capaz de resucitar el arte en Asia, tal es el doble servicio que ha prestado el príncipe Gregorio Gagarino.

Los estudios profundos y variados hechos en estos últimos años por este príncipe, le pondrán un dia en el caso de hacer al arte un servicio mucho mas eminente todavía, iniciando al mundo artístico en la confianza de un descubrimiento tan notable al ménos como el del diámetro medio de Ziegler para la arquitectura griega.

El pascó bajo los tilos

TRADUCCION DE SCHILLER (1).

Wolmar y Edwin eran amigos, y vivian juntos en una apacible soledad, pues se habian retirado lejos del bullicio del agitado mundo, para desenvolver en filosófica ociosidad los sorprendentes destinos de su vida. Edwin, el dichoso, contemplaba con amantes ojos el mundo, que Wolmar, el sombrío, revestia con el fúnebre ropaje de su mala fortuna. Paseaban juntos un dia hermoso del mes de mayo, y recuerdo la siguiente conversacion:

EDWIN. ¡El dia está tan hermoso, la naturaleza toda se alegra, y vos tan pensativo. Wolmar!

WOLMAR. ¡Dejadme! ¡bien sabeis que no tengo deseos alterar vuestra alegría!

ED. ¡Pero es posible que desdeñeis así la copa del placer!

WOL. Si en ella encuentro una araña, ¿porqué no? Mirad: á vos se os presenta la naturaleza en este instante como una sonrosada virgen en el dia de sus bodas; á mis ojos parece una matrona vetusta, con rojos afeites en las amarillentas mejillas, y diamantes heredados en la cabeza. ¡Cuál se sonríe burlona en ese su traje dominguero! Pero esta es ya la millonésima vez que vuelve del revés su gastada vestidura. Antes de Deucalion arrastraba ya esa misma cola tan verde y ondeante, tan perfumada y guarnecida. Mil años hace que va á tomar nuevas fuerzas al banquete de la muerte, que extrae su colorete de los huesos de sus mismos hijos, y ostenta la podredumbre de sus falsos aderezos. Jóven, ¿sabes tú las gentes entre quienes te paseas? ¿Piensas acaso en que esa interminable rueda es la tumba de tus abuelos; en que los vientos que te traen el perfume de los tilos llevan tal vez á su olfato la disipada sustancia de Arminio; en que bebes quizá en la fresca corriente los huesos pulverizados de nuestro gran Enrique? El tomo que agitaba la idea de la divinidad en el cerebro de Platon, que excitaba la compasion en el pecho de Tito, palpitaba tal vez con bestial ardor en las venas de Sardanápalo, ó se diseminaba en el cadáver de algun ladrón pasto de los cuervos. Ahora bien, Edwin, ¿os parece muy halagüeño el cuadro?

ED. ¡Vuestras reflexiones me presentan escenas muy cómicas! ¡Cómo! ¿porqué nuestro cuerpo siga eternamente las mismas leyes, sa ha de afirmar otro tanto de nuestro espíritu? Si despues de la destruccion de nuestra máquina, la materia sigue desempeñando el mismo oficio que ejercia bajo la influencia del alma, ¿debe igualmente el espíritu de los muertos continuar las ocupaciones de su vida pasada? *Quæ cura fuit vivis, eadem sequitur tellure repostos.*

WOL. De este modo las cenizas de Licurgo han permanecido y permanecerán siempre en el Océano.

ED. ¿No oís allí los trinos de la tierna Filomela? ¡Quizás sea urna de las cenizas de Tíbulu que cantaba tan dulcemente! ¡Tal vez en aquella águila que se remonta al azulado firmamento se eleva también el sublime

(1) Insertamos esta bella traduccion de Schiller, como un bellísimo modelo de poesia, que creemos no desagradará á nuestros lectores.

Píndaro! ¡y en aquel amoroso Cefirillo acaso revolotee algun átomo de Anacreonte! ¿Quién sabe si los cuerpos de los amantes no vuelan convertidos en sutiles átomos de polvo sobre los ensortijados bucles de sus amadas? ¿y si los restos del usurero no yacen aprisionados con grillos de cien años, al lado de sus tesoros escondidos bajo la tierra? Quizás estén condenados los cuerpos de los escritores á verse convertidos en letras ó reducidos á papel para gemir eternamente bajo la prensa, y contribuir á eternizar los desatinos de sus cólegas? Mirad, Wolmar, de la misma copa de que vos amarga hiel, saca mi fantasía alegres chistes.

WOL. ¡Edwin! ¡Edwin! ¡cómo revestís las cosas graves con festivas agudezas! ¡Dejadme proseguir... la buena cosa no teme el exámen.

ED. Examine Wolmar si es el mas feliz.

WOL. ¡Oh! bah! Sondead directamente la peligrosa llaga. También la sabiduría es charlatan vocinglero, es parásito que frecuenta todas las moradas, calumniando hasta la clemencia en las de los desgraciados, dulcificando los crímenes en las de los dichosos! Un estómago gastado envia los planetas al infierno; un vaso de vino puede deificar al mismo diablo. Si nuestros caprichos son molde de nuestra filosofía, decidme, ¿en cuál se fundirá la verdad? Temo, Edwin, que para ser sabio hayais de volveros taciturno.

ED. ¡No quisiera serlo con semejante condicion!

WOL. ¡Antes habeis pronunciado la palabra feliz! ¿Cómo se llegará á serlo, Edwin? El trabajo es la condicion de la vida humana; su fin la sabiduría; y la felicidad, segun vos decis, su recompensa. Vuelan una en pos de otra mil hinchadas velas, buscando la isla de la felicidad en mares sin orillas, ansiosas de conquistar este vellocino de oro; y dime tú, sabio, ¿cuántos son los que la encuentran? Aquí veo una flota girando en el eterno círculo de la necesidad, ora apartándose de la costa, ora tomando tierra, ya arribando, ya volviendo á hacerse á la mar. Hace fuerza de velas por llegar al vestíbulo de su destino, y luego cruza tímidamente á lo largo de la costa para tomar víveres ó componer sus aparejos, y vuelve proa hácia alta mar. Hay muchos que se cansan hoy inútilmente para volverse á cansar mañana. Sepáralos, y la suma queda reducida á la mitad. Al mismo tiempo el torbellino de los placeres arrastra á otros á una tumba sin gloria. Muchos emplean todo el vigor de su existencia en gozar del sudor de sus antepasados. Separemos todos estos, y apenas nos quedará una cuarta parte. Tímida y llena de zozobra navegará sin brújula por el terrible Océano, guiándose por las estrellas engañadoras. Ya brilla la costa feliz como una blanca nube sobre la línea del horizonte! ¡Tierra! grita el vigía, ¡tierra! Una miserable tablita se rompe, y el frágil esquife va á zozobrar sobre la costa. *Apparent rari nantes in gurgite vasto.* Debilitado el diestro nadador lucha por llegar á tierra; voga extranjero y solitario por la zona etérea, y dirige sus ojos preñados de lágrimas hácia su querida patria del Norte. De este modo voy separando millones y millones de vuestro sistema harto liberal. Los niños se regocijan al ver la gallardía de los hombres, y estos lloran porque ya no pueden volverse niños! El torrente de nuestra sabiduría retrocede hácia su origen; la tarde tiene su crepúsculo como la mañana; Aurora y Héspero se abrazan en una misma noche; y el sabio que pretendia salvar los muros de la mortalidad, se debilita y vuelve á ser niño y juguete. Ahora bien, justificadme al artífice con respecto á su obra; responded, Edwin.

ED. El artífice está justificado, puesto que la obra aboga por él.

WOL. Responded.

ED. Digo que si la isla no se halla, no por eso se pierde el viaje.

WOL. ¿Es acaso porque la vista se recrea con el panorama pintoresco que se descubre á derecha é izquierda? ¡Edwin! y para esto solo esponerse á la furia de recias tempestades, fluctuando en los undosos desiertos, y hallando la muerte bajo las olas? No me digais mas; mi tristeza es mas elocuente que vuestra alegría.

ED. ¿He de hollar bajo mi planta la violeta, porque no pueda aspirar el perfume de la rosa? ¿He de perder este dia de mayo, porque una nube pueda oscurecerlo? Yo respiro calma bajo la atmósfera despejada que acorta para mí las largas horas de tormenta; y no he de coger hoy las flores porque mañana no me presenten ya su perfume. Yo las arrojo cuando se marchitan, y cojo sus tiernas hermanas que brotan provocadoras de sus capullos.

WOL. ¡En vano! ¡en vano! ¡Do quiera que cae una semilla de placer, brotan mil gérmenes de desgracia! ¡Do quiera que se derramó una lágrima de alegría, corrieron á torrentes lágrimas de desesperacion! ¡En el mismo sitio en que el hombre lanza gritos de júbilo, se arrastran mil insectos perecederos! ¡En el instante mismo en que nuestro entusiasmo escala el cielo, se lanzan á él mil gemidos de condenacion! ¡Es una lotería engañosa en que los pocos jugadores afortunados desaparecen ante el número inmenso de los desgraciados! ¡Cada instante es un minuto de muerte de un placer! ¡Cada átomo de polvo que disipa el viento es la tumba de un goce desvanecido! ¡En todos los puntos del universo ha estampado la muerte el sello de su imperio! ¡En cada átomo leo el epígrafe desconsolador: Muerto!

ED. ¿Y porqué no, existido? ¡Si cada sonido puede ser el cántico mortuorio de una felicidad, también es el himno de universal amor! Wolmar, bajo este tilo di yo el primer beso á mi Julieta.

WOL. (huyendo velozmente). ¡Jóven bajo este tilo perdí yo á mi Laura!

Recuerdos de la Holanda.

Todo el que ha pasado en el puerto del Habre un hermoso día de primavera, ha tenido el deseo de visitar los buques á la carga para los Estados Unidos, la Martinica, la Guadalupe, la Habana, el Perú, la Suecia, la Noruega, Hamburgo, San Petersburgo, Birmingham, Amsterdam ó Rotterdam. Esto nos sucedió el año último; pero la elección era cosa difícil, no sabíamos á cual dar la preferencia. Sin embargo, el tiempo iba pasando,

los buques se marchaban, y bien resueltos á marcharnos también, descubrimos una embarcación modesta, sencilla y limpia, que escogimos sin más reparos. En efecto, llegamos á bordo, y el buquecillo nos llevó en derechura á Rotterdam.

— ¿Con qué vamos á Holanda? dije á mi compañero.

— ¿Y porqué no? me respondió; la travesía no es

larga, y el país es digno de ser conocido y estudiado.

Tenia muchísima razón; el ir á Italia es ya vulgar; ¿quién no ha publicado sus viajes por Italia? Todo el mundo va allí, y seguirá yendo, tanto que los que no han ido la conocen tanto como los otros. Preguntemos á cualquiera donde se halla situado un palacio determinado de Roma, de Nápoles ó de Florencia, y raro será que en su respuesta se equivoque



Vista de la Bolsa de Amsterdam.

Pocos viajeros se han aventurado en ese país, y los que lo han hecho lo han pagado tan caro, que el descontento les hizo injustos en sus fallos. Por esta razón, prevenimos nosotros á todos los que deseen dar el paseo en cuestión, que no se embarquen sin llevar galleta, y sin los bolsillos bien provistos de dinero, ó lo que es mejor, de buenas letras contra las mejores casas de aquellas poblaciones.

Se pondera mucho la carestía de las cosas en Inglaterra, pero comparada con la de Holanda, puede decirse que allí se vive de valde. No es posible formarse una idea de lo que cuesta el estar mal servido en una de las principales ciudades de ese interesante país. Pero no h' y que tomar en mal sentido nuestras palabras, pues no queremos decir que los holandeses sean un pueblo bárbaro, no; es un pueblo que conoce el precio de las cosas y el valor del dinero. Lo que recomendamos con particularidad á los viajeros, son los empleados de la aduana, los posaderos, toda la gente de las casas de diligencias y los patrones de barcos.

Hecha esta salvedad, los holandeses son hombres muy interesantes, muy industriosos, poco comunicativos, y bastante astutos. Nosotros, que no los conocíamos sino por las pinturas de Teniers, Ostade, Brawer, Bega y tantos otros, nos quedamos muy sorprendidos cuando los vimos tan diferentes de lo que nos figurábamos; las mujeres, sobre todo las de la Frisa, nos parecieron encantadoras.

Bajo pretexto de que era muy tarde, los aduaneros no quisieron registrar nuestros equipajes, lo que hubieran podido hacer en poco tiempo, y nos dijeron, no muy cortemente, que volviéramos por ellos al otro día, lo que no olvidamos.

Al desembarcar se nos rompió un cajoncito, cosa que habría podido sucedernos en cualquier otro viaje; pero

por una casualidad extraordinaria, los objetos de algún valor que contenía desaparecieron como por encanto.

Había con nosotros esperando en la aduana un individuo tan grueso como largo, que hablaba mucho, tanto mas cuanto que poseía dos idiomas; este señor nos dijo lo que ya sabíamos, esto es, que era casi im-

posible viajar sin contratiempos, que aquello que nos sucedía era preferible, verbigracia, á que nos hubiéramos roto una pierna, y por último, que los empleados en la aduana de Rotterdam eran personas de educación, y muy distinguidas. No permanecimos con ellos bastante tiempo para convencernos de la veracidad del hecho en toda su extensión; pero sí pudimos juzgar de

su urbanidad, y confesamos humildemente que no nos sorprendió sobremanera. Sin embargo, no quisimos despedirnos de aquel buen señor, sin tomarle la filiación en nuestro álbum, para darle á luz á la primera ocasión que se presente.

Las fondas tienen mucha relación con los buques en todas partes. Los cuartos se hallan repartidos como los camarotes, y hay la misma venatja de hallarse uno siempre acompañado. Los tabiques y los techos son tan delgados, que se puede estar al corriente de lo que pasa por arriba, por abajo y al rededor; es cosa que no tiene precio. Nosotros teníamos encima un vecino á quien los médicos habían recetado mucho ejercicio, de modo que pasaba la mayor parte de los días y las noches paseándose por el cuarto.

Junto á nosotros, había unos relojeros de Ginerba que, á poco que lo hubiéramos solicitado, nos habrían enseñado el mecanismo de una porción de relojes de diferentes clases; y al otro lado había una señora inglesa, que viajaba con un compatriota por gusto de ver tierras.

Mucho habríamos deseado el hallarnos con holandeses en Holanda; pero el acaso nos llevó á parar en una fonda italiana, y mientras vivimos en Rotterdam, solo vimos rusos, alemanes, muchos israelitas, suizos y franceses. Teníamos allí un compatriota que hacía las delicias de la mesa común, con sus dichos agudos y su destreza. Era un jóven que viajaba por cuenta de un quincallero, y que se hallaba

dotado de un talento extraordinario para hacer saltar al bolsillo de su chaleco una pieza que se ponía en la punta de la bota. Pocas veces hemos visto un ente por aquel estilo.

Rotterdam es una de las ciudades mas importantes de la Holanda. Los extranjeros que la visitan no salen nunca de ella sin recorrer los músicos donde se reúnen



Marineros holandeses.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

los marineros de todas las naciones. Allí se ejecutan bailes cuya originalidad atrevida y burlesca, no se ve en parte ninguna: es un desearo sin límites. También se debe echar ojeada al fronton del Palacio de Justicia, solo y único en su género; un caricaturista no hubiera tenido ocurrencias mas raras, que las del escultor que produjo tal obra.

En Rotterdam se puede uno formar una idea del genio y actividad que hay en el pueblo holandés. No hay un solo propietario de las bonitas casas construidas á orillas de los canales que atraviesan la poblacion, que diariamente no envíe algun buque á las cuatro partes del mundo. A todas horas el camino se halla interceptado por un puente que se alza para dejar paso libre á una embarcacion que vuelve de un país lejano, y que entra en su casa, como si la víspera hubiera salido de ella. El holandés debería estar clasificado en la familia de los anfibios.

Cansados de no poder hallar holandeses en Rotterdam, dejamos la ciudad una maña-



Escuela de huérfanos en Amsterdam.

na, y la diligencia nos llevó por un camino de ladrillos, como todos los de aquel país, á la Haya, y despues á Amsterdam, capital de los Países-Bajos.

La Haya, residencia del rey y de las autoridades del país, es una poblacion pequeña y bonita, bastante triste cuando se ausentan sus augustos habitantes, y que no tiene nada digno de una mencion particular. El palacio del rey, la habitacion del principe de Orange y el teatro, son monumentos bastante comunes.

En el Museo de la Haya se hallan reunidas las obras maestras de la escuela holandesa, y tambien las famosas pinturas de Pablo Potter, que estuvieron ántes en el Louvre. Los indígenas elogian mucho la leña que se coge en las cercanías de la ciudad, que á nosotros no nos pareció cosa extraordinaria.

El camino de la Haya á Amsterdam es sumamente pintoresco y variado; es un gran parque que comienza á las puertas de la ciudad, y en el cual no se ven mas que flores y pueblos, con canales, barcos y rebaños.



Escuela de huérfanas en Amsterdam.

Llegamos á Harlem un domingo, y nos pareció que nos paseabamos en medio de una de aquellas fiestas que pintaba Teniers. La Holanda es quizás de todos los países de Europa aquel en que mejor se han conservado las tradiciones y los trajes.

Despues de haber recorrido con grande interés el hermoso camino de la Haya á Amsterdam, llegamos á la entrada de la noche á esta última poblacion, que parece pequeña en demasia para el crecido número de habitantes que contiene. Allí, como en Rotterdam, se ven muchísimos extranjeros, y un crecido número de israelitas que se han establecido en la ciudad consagrándose exclusivamente á ciertos ramos de comercio; habitan en un barrio separado, donde tienen magníficas sinagogas, y muchos de ellos poseen fortunas colosales.

El Museo de Amsterdam puede rivalizar en mérito é interés con el de la Haya. Allí brilla en toda su gloria la *Ronda de Noche* de Rembraudt, y el admirable cuadro de Vander Helst, el mejor de la escuela, como dicen los holandeses, que representa un banquete cívico. También posee este Museo una preciosa pintura de Gerardo Dow, y otros muchos lienzos de gran precio.

Una de las cosas que mas nos llamaron la atencion en Amsterdam fué la escuela de huérfanos, donde se admiten niños de ambos sexos, que visten un traje muy raro; todo el mundo se sorprende á la vista de esas criaturas cortadas en dos por los colores rojo y negro, que van á misa acompañados de sus maestros. El personaje grueso que se ve en nuestra lámina lleva detrás á su hijo. Las niñas tambien van vestidas como los muchachos con traje de dos colores; esta casa de huérfanos es uno de los establecimientos de beneficencia que mas honran á los holandeses.

E. M.



Pescador holandés.



Mujer de pescador holandés.

Una actriz.

Susana llegó del teatro y se arrojó en un sillón delante de la chimenea, vestida aun con la blanca túnica de *Desdémona*, cuyo papel acababa de ejecutar en el *Otelo*. Anchas lágrimas corrían por sus mejillas pálidas, y un profundo abatimiento había sucedido á la horrible agitación que durante muchas horas destrozó su pecho. ¡Tanto había costado á la infeliz la desesperada determinación que acababa de tomar! ¡Tener en sus manos un billete que encerraba toda su esperanza, la realidad de sus mas caras ilusiones, todo un porvenir de amor y felicidad; y haber de apartar de él sus ojos, imponer silencio á su corazón, y arrojar al fuego con su propia mano aquellos caracteres que trazaban el horizonte de su vida, para verlos convertidos en yertas cenizas de indiferencia y abandono!

Pero la resolución estaba tomada. ¿Cómo retroceder? era preciso que el dedo de los hombres no fuese algun día para Guillermo el pañuelo de *Desdémona* en las manos celosas de Otelo; era necesario hacer un sacrificio á la virtud, y allí estaba el fuego. Susana arrojó el papel en la chimenea, y se levantó precipitadamente para no ver su felicidad devorada por las llamas.

Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, escribió la siguiente carta, que entregó á su criado, y se acostó para hundir en la soledad de la noche la soledad de su corazón.

« A sir Guillermo Alderney.

» Amigo mio: ¡Me ofreéis vuestra mano, vuestro nombre y una vida consagrada enteramente á hacer mi felicidad! ¡ah! ¿Porqué no os he conocido antes, para ántes haberos amado y ser hoy digna de llamarme vuestra esposa? Sí, porque ahora que os amo es cuando no merezco vuestro amor.

» Yo he amado, amigo mio, y todo el mundo lo sabe: he sido débil, y la sociedad, que jamás perdona, tiene mil voces para gritar, á la desgraciada que una vez se extravió del sendero de la virtud, las horribles palabras de *mujer perdida*, sin que una sola persona quiera señalarle de nuevo el camino que olvidó. Un hombre abusó de mi juventud é inexperiencia, y los demás me deshonraron, proclamando el triunfo de su compañero; entónces, para no oír el murmullo de unos cuantos, busqué el ruido de la multitud; para olvidar mi error, busqué las distracciones. He sido coqueta, pero las coquetas son frecuentemente las mas desgraciadas, porque oyen á todos para no pensar en uno solo, y rien para no llorar. Sin embargo, todavía me estaba reservada en la vida la felicidad de veros y amaros; y si me niego á recibir vuestro nombre, es porque aspiro á merecer vuestro amor.

» Adios para siempre, Guillermo, adios. »

El día siguiente sir Guillermo procuraba con lágrimas en los ojos hacer cambiar á Susana de resolución; pero todo fué en vano: ella estuvo inexorable y fué preciso resignarse.

— Obrando así, concluyó Susana, he creído adoptar el partido mas razonable, ¡oh Guillermo, bien caro me ha costado! Y creedme, nosotros podemos ser mas felices libres que casados; porque entónces tendríais derecho para reprocharme, cuando ahora yo no os debo cuenta de mis acciones. Además, amigo mio, os confesaré mi debilidad: actriz amada del público, yo estoy acostumbrada á la vida del teatro. Mi gloria es presentarme ante la multitud que me escucha y me aplaude, ceñidas mis sienes con la diadema de las reinas; y este falso esplendor que me seduce, estos aplausos que me entusiasman, no pueden unirse con la noble simplicidad, con el dulce egoísmo del matrimonio. Sin quererlo, yo os haría celoso, y sin quererlo vos me haríais desgraciada. No queríais robarme á mí gloria, á mí, porque haríais de mí una estatua despojada de sus atributos; entónces caería de mi pedestal. Cuando se ha cometido una falta, ya que no se pueda alcanzar el perdón, es necesario al ménos obligar á los hombres á olvidarla.

Sir Alderney se vió desde este momento obligado á abandonar sus proyectos de union con Susana, aunque no pudo resolverse á dejar de verla y amarla. Todos los días pasaba algunas horas á su lado, todas las noches en el teatro presenciaba sus triunfos y adivinaba bajo los suntuosos vestidos con que se presentaba la actriz radiante de gloria y de belleza, los tiernos latidos del corazón del amante; y allí donde todos admiraban el genio dramático y la sublimidad del poeta, él veía con orgullo y entusiasmo las inspiraciones del amor. ¡Qué mas podía desear! ¿no poseía el corazón de una mujer envidiada de todos? Y si aquel amor se le negaba con los labios, ¿no se lo atestiguaban los ojos, las lágrimas y las agitaciones del corazón delante de todo el mundo?

En tanto Susana pasaba todo el tiempo entre sir Guillermo y su íntima amiga Julieta, célebre cantatriz de la ópera inglesa. La alegría infantil de Julieta animaba las poéticas correrías de los dos amantes por las deliciosas praderas, y servía de pretexto para disimular los amorosos sentimientos que ellos no podían desterrar de sus corazones, ó para dar rienda á sus suspiros, cuando la jóven, como una alegre mariposa que vuela de flor en flor, tocaba ligeramente las cuerdas secretas de aquellas almas, en que reinaba una melancólica armonía. Estos paseos se repetían diariamente, y Julieta, que ántes era solo un punto de transición para la muda inteligencia de los dos amantes, llegó á hacerse tan necesaria á sir Guillermo, que cuando por casualidad faltaba, le veía mas sombrío y abatido que de cos-

tumbre. Susana observaba en silencio el corazón de su amante, y cuando llegó á conocer el cambio que en él se verificaba insensiblemente, no pudo poner límites á su dolor y desesperación. Se quejó, y se la acusó de demasiado exigente... Lloró y empezaron las ausencias... Se entregó á la irritación de sus celos, y Guillermo no volvió mas... ¡El mismo Guillermo que algunos días ántes quería ser su esposo! El hombre que con lágrimas en los ojos le había jurado tanto amor! ¡amor de hombre! ¡puro egoísmo!

Si el amor es un placer, ¿qué dolor puede igualar al que se experimenta cuando se tiene la triste convicción de que algun día ha de cesar el amor! Si el amor es la luz del alma, ¿qué desierto debe quedar esta cuando se apaga aquella brillante antorcha! Susana creyó que le sería posible vivir sin ver á Guillermo: el primer día de ausencia salió como de costumbre á su paseo campestre; pero todo era nuevo y todo monótono y fastidioso á sus ojos: ella misma se preguntaba si eran aquellos los mismos campos, aquellas las mismas flores que habían hecho su encanto al lado de Guillermo; todo estaba cambiado ante su vista. Cuando entró en su casa ya sus labios se abrían para preguntar si el lord había venido, y sus miradas registraban todas las mesas, las rinconeras, los sillones en busca de alguna carta que dispase las amargas dudas de su alma; ¡pero nada! Sentada en su tocador, asomada á su balcón, sus oídos y sus ojos seguían todos los ruidos, todos los movimientos, y su corazón esperaba en la mas cruel agonía algun indicio favorable á su amor; ¡pero nada! Cuando llegó la hora de ir al teatro, ya creía distinguir á Guillermo entre sus amigos, y verle en su cuarto contestando á sus amorosas quejas. Apareció en la escena, y hubo un momento en que creyó encontrar sus miradas en medio de un grupo de sus admiradores: entónces sintió despertarse en ella una nueva vida, sintió brotar la inspiración en su frente, y su voz conmovida, sus penetrantes ojos se dirigieron á él, y para él solo declamó poseída de entusiasmo y de ternura. ¿Qué le importaba á ella la multitud que la admiraba, ni los aplausos que resonaban á sus pies? Todo lo desdénaba por una mirada sola de Guillermo... Pero, ¡ah! Guillermo no podía mirarla, porque no estaba allí.

De esta suerte Susana, que había vivido por el amor, vivió largo tiempo por la esperanza, no sucumbiendo al dolor porque ella misma dudaba de verse abandonada: su alma se encontraba en esa especie de suspensión que causa la muerte de un ser querido á quien se llora, sin acabar de resolverse á creer que no se volverá á ver jamás.

Después deseó la sociedad, los paseos y las diversiones, persuadida de que en el instante en que sus ojos viesen á Guillermo, él volvería á su lado mas tierno y amoroso que nunca; pero parece que una barrera se levanta entre dos seres ántes queridos, al punto que se separan: habitan la misma ciudad, frecuentan los mismos lugares, y no se encuentran jamás. Susana no volvió á ver su ingrato amante.

Así pasaba los días la infortunada actriz, hasta que un vago presentimiento la condujo á casa de Julieta: se le dijo que no recibía, insistió y se le mandó esperar, pero el ruido de dos voces vino á herir sus oídos: un frío glacial corrió por sus venas, su corazón comenzó á latir con violencia, y casi involuntariamente se puso á escuchar. Sir Alderney hablaba con agitación y repetía á la jóven Julieta aquellas mismas expresiones de amor que todavía estaban grabadas en el corazón de Susana. ¿Cómo resistir á tan horrible suplicio? ¿Cómo permanecer insensible ante tan negra perfidia? La puerta no pudo resistir á la convulsiva violencia con que la infeliz se precipitó hácia el aposento, y se encontraron Julieta y Susana frente á frente: Guillermo había desaparecido.

Largo rato permanecieron así las dos amigas, Julieta sin atreverse á proferir una palabra, Susana sin poderla articular por la agitación en que se hallaba, hasta que agolpándose dentro de su pecho mil sentimientos de celos, de indignación y desprecio, exclamó con balbuciente voz:

— ¿Con qué este era el cariño que me profesabais? ¿Con qué vos, mientras yo os contemplaba como el objeto mas caro de mi aprecio, vos trabajabais para robarme mi felicidad, robándome el amor de Guillermo? ¿Vos, jóven, hermosa, rodeada de adoradores, no habeis querido dar vuestro corazón sino desgarrando el de vuestra amiga? ¡Y este era el consuelo que yo venía á buscar, y en ese seno era donde yo venía á derramar mis lágrimas! ¡Traidora!

— Señora, contestó Julieta, sir Alderney os ha amado largo tiempo; ha querido ser vuestro esposo, y le habeis desechado. ¿Creíais acaso que su amor fuera eterno? ¡Es tan frágil el amor fundado en la belleza, que al fin llega el día en que el hombre aspira á una posesión mas estrecha, á inspiraciones mas permanentes! Porque habeis desechado su mano, ¿queríais que él renunciase al matrimonio?

— ¿Qué quereis decir? gritó Susana desfavorida.

— Que sir Guillermo Alderney es ya mi marido.

Un grito espantoso salió á esta respuesta del alma de Susana, y cayó sin sentido.

Dos meses después una mujer sentada cerca de un velador, en un gabinete cuyos balcones daban á un pequeño jardín, contemplaba melancólicamente las marchitas flores y el adormecimiento de la naturaleza. Un largo vestido negro envolvía sus delgados miembros, y sus cabellos desordenados caían por sus lividas mejillas y sobre su cuello mas blanco que el marfil. Con una de sus manos jugueteaba con los ricos vasos y adornos de

porcelana que en el velador había, mientras que con la otra, señalando á varios puntos del jardín, parecía guiar su vista en busca de algun objeto deseado. Luego, sonando una campanilla de plata, dijo al criado que se presentó:

— Arnold, el paseo que he dado con Guillermo me ha fatigado mucho: no quiero recibir á nadie. Iréis al teatro á decir al director que no puedo trabajar esta noche, ¿estais? porque me hallo muy cansada.

Pero en el instante en que el viejo se retiraba enjugando una lágrima que había arrancado á sus ojos el estado de su señora, esta volvió á llamarle, y le dijo:

— Mira, Arnold, á donde debes ir es á casa de Guillermo... Su ausencia me inquieta mucho... El, que viene tan amenuado... ¡pobre Susana (exclamó despues) cómo te abandonan! todos se olvidan, todos!

De esta suerte pasaban los días de la interesante Susana desde su última visita á Julieta. La infeliz, después de dolorosos padecimientos, no había podido recordar la vida sino perdiendo la razón: ¡estaba loca! El primer pensamiento del médico que la asistía fué á arrancarla á la curiosa compasión de la multitud frívola y egoísta, haciéndola conducir á una casa de campo distante de la capital, donde la hemos visto delirando, ya con un paseo al lado de Guillermo, ya inquieta por su ausencia. La desgraciada se contradecía á cada paso, y jamás llegó á sospechar de su locura. El tiempo no disminuía su mal: el médico, desesperado de su curación, resolvió conducirla otra vez á la ciudad creyendo que la variación podría influir en su estado de un modo favorable.

En efecto, á medida que se acercaba el carruaje á la capital, Susana parecía resucitar del abatimiento en que se hallaba, y volver á la salud: sus mejillas se coloraban de carmin, y sus ojos tomaban la brillante transparencia de otro tiempo. Una dulce sonrisa asomaba á sus labios, y su imaginación se entretenía alegremente con los matizados paisajes que se sucedían ante su vista. En fin, se veía renacer de la pobre loca la hermosa y encantadora Susana.

Cuando entró en su casa se adivinaba la felicidad pintada en sus facciones, su alegría candorosa en sus preguntas y en la curiosidad con que registraba todos los muebles y habitaciones; luego preguntó qué pieza se representaba aquella noche en el teatro. El *Hamlet*, la dijeron. — ¡*Hamlet* en que ella había recibido tantos aplausos, en que tantas coronas habían ceñido sus sienes en medio de las aclamaciones de un público que la admiraba y la quería... y ahora se hacia el *Hamlet* sin ella, su papel de Ofelia se abandonaba á otra, cuando nadie en el mundo había podido disputárselo! Susana no pudo resistir á aquella idea, y dos raudales de amargas lágrimas brotaron de sus hermosos ojos al verse tan abandonada, que hasta su lugar en la gloria y admiración del pueblo estaba ocupado por otra.

Sin embargo, desahogado su corazón con aquel copioso llanto, un momento después se hallaba poseída de una calma melancólica, y procuraba ella misma mitigar su dolor con la vista de objetos indiferentes: cuando el médico volvió, la encontró dibujando un ramo de flores marchitas que había colocado en un vaso de porcelana.

— ¿Qué haceis? le preguntó.

— Hago mi retrato, contestó con un acento doloroso.

Pero de pronto, arrojando los pinceles y reclinando la cabeza entre sus manos, quedó sumergida en una abstracción completa. Cuando volvió en sí estaba muy avanzada la noche, y un profundo silencio reinaba á su alrededor. Por una ventana abierta penetraba el resplandor opaco de la luna, y una ligera brisa llenaba la habitación del perfume de las flores del jardín. Susana contemplaba este cuadro de dolor y soledad, y se preguntaba si no sería dulce le muerte á aquella hora para quien la vida no tenía ninguna ilusión y felicidad.

Luego, y como si alguna idea fija la dominase, corrió á su guardarropa, y sacando un vestido blanco y un manto de crespon negro, bajó al jardín, donde cuidadosamente se vistió, y formó una guirnalda de flores para adornar sus desgajados rizos. Así dió algunas vueltas por entre los arbolillos, hasta que se persuadió de que nadie la observaba; entónces, saliendo con cautela por una puertecilla á la calle, se dirigió hácia el teatro precipitadamente.

Mientras que la infeliz, arrastrada por un pensamiento que la dominaba, seguía su marcha, se concluía en el teatro el *Hamlet* al estruendo de los innumerables aplausos de un pueblo entusiasmado. Todos oían aquel lúgubre poema en que la verdad sale de la boca de los locos, y en que la mentira quema los labios de los seres razonables. Ofelia había oído con resignación la sentencia de muerte que *Hamlet* acababa de lanzarle, diciéndole: « Yo no os he amado jamás. » Ella había visto á su amante arrebatarse por un doble crimen su padre y su felicidad; y ya la actriz, que la representaba demente y con los cabellos esparcidos, se dirigió hácia el público, cuando una segunda Ofelia, vestida tambien de blanco, con el velo de la huérfana, los cabellos esparcidos y la frente coronada de flores, se precipitó en el teatro en la verdadera situación que soñó Shakespeare para la infortunada hija de Polonio.

La loca paseó sus vagas miradas por la multitud conmovida y confusa, y después, pasándose la mano por los ojos como para quitarse el reflejo de tanta claridad, se puso á cantar con lenta y triste voz:

« Con la frente descubierta la pusieron en el féretro. Y lágrimas vertieron sobre su tumba.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó mezclando sin saberlo sus

propios pensamientos á las inspiraciones de Shakespeare, el ha muerto! ; mi amante ha muerto! ; quién me lo ha dicho, gran Dios? ; Nadie ha querido decirme, yo lo he adivinado! Cuando un amante no vuelve es porque ha muerto, porque los amantes nunca olvidan : el mio ha muerto, y los hombres me han ocultado su muerte : ¡qué desgraciada soy! Ellos han preferido hacerme creer que me había abandonado. ¡Insensatos! ; no saben que el abandono desgarró el corazón mas que la misma muerte! ; Se muere porque se ama, y cuando se abandona es porque ya no hay amor!... ; Una margarita! ah, yo quería darte violetas ; ; pero todas están marchitas desde que murió mi amante! ; Bárbaros, que me veis llorar y no lo habeis resucitado! ; Ah, Dios mio! ; ah, qué horror! ; han arrojado su sudario sobre mis hombros! ; qué horror! ; quieren que yo pase la vida envuelta en la mortaja de mi amante! ; Si, esto negro es su sudario! ; miradle! ; todavia tendrá el polvo de su tumba!... Sin embargo, es preciso sufrir ; si, yo sufriré... pero... dejadme llorar, por Dios, ; dejadme llorar ya que le habeis arrojado sobre el rostro esa tierra negra y helada!

Y la infeliz se alejaba anegada en llanto, cuando volviéndose de pronto, el crespon negro que llevaba en los hombros impulsado por el movimiento le envolvió el rostro.

— ¡Ah! gritó ella, rasgándolo con desesperacion, ; Dios mio la mortaja!... ; Dios mio! ; Dios mio! ; la mortaja!...

Y lanzando un último y largo gemido, cayó sobre las tablas del teatro, como la estatua que de un solo golpe desciende de lo alto de su pedestal. Por todas partes corrió la multitud hacia ella ; pero fueron inútiles todos los socorros, porque la vida la había abandonado.

Así acabó la célebre y hermosísima actriz Susana Vambruggen, á cuya desgraciada muerte consagró Pope una melancólica balada.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda en el campo de Marte. — Origen de las corridas. — Como deben considerarse hoy. — Qué se entiende por género. — Fisiología del elegante. — Los vestidos masculinos transformados en femeninos. — Los chalecos con una sola hilera de botones. — Aparición de la chaquetilla Newmarket. — Los chalecos y pantalones parecidos á vidrios de ventanas. — Tres trajes á la moda : negligé, traje de paseo, y traje de corte. — Se vuelven á ver ricas chorreras. — Descripción del figurín.

Cada pueblo tiene su espectáculo nacional, que representa sus predilecciones, sus instintos, sus hábitos y su constitucion moral.

La España tiene sus corridas de toros ; la Rusia sus carreras de trineos ; la Inglaterra sus corridas en barcos ; la Flandes la kermesse ; los malteses los juegos con puñales ; los italianos el carnaval ; los turcos el ramagan ; los franceses la revolucion ; y los árabes el *djerid*, las carreras de caballos.

Estos diversos juegos se exportan á veces de un país á otro, pero entonces la cosa se transforma, mengua y palidece como la flor arrancada de su país natal y transplantada en climas lejanos.

Por eso las corridas de toros no han podido introducirse jamás ni en Francia, ni en Alemania, á pesar de los repetidos ensayos que se han hecho.

Pues lo mismo ha sucedido con las carreras de caballos, ese magnífico espectáculo del desierto traído á las llanuras del Mediodía de la Europa, á consecuencia de las conquistas árabes.

En un principio, el espectáculo hubo de conservar su grandeza : la caballería imitaba los torneos de los califas, y corría por el honor, inspirándose en los ojos de la reina de la hermosura.

Pero á medida que fué pasando tiempo, fué degenerando la institucion. El espíritu positivo de la Inglaterra se apoderó de ella, y de una justa de caballeros, ha hecho una lucha de tridentes en caballos y de palafreneros.

Este último ejercicio es el que se practica por todas partes en Europa.

El espectáculo de las corridas actuales no sería seguramente mas que un asalto vulgar de apuestas y de especulaciones, si no reinasen en él la moda y la elegancia. La gente va al Campo de Marte, á la Marche ó á Chantilly, para mostrar un hermoso carruaje, una nueva librea, ó un alazan de primer orden.

Un verdadero dandy se halla obligado á mostrarse en esas solemnidades, y lo que es mas, tiene que aventurar algunas onzas apostándolas por el animal que mas le guste. — Esto es lo que se llama *género*.

Ahora bien, la juventud actual tiene mucho género, puesto que así lo manda la moda ; pero desgraciadamente, hay muchos jóvenes que toman el género descuidado por el mejor de todos, imaginándose que imitan así á los nobles señores de otros tiempos. Esto es un error craso... los nobles sabian respetar los principios y la decencia ante todo ; creian en los sentimientos del deber, en tanto que el elegante moderno no cree en nada, si no es en su propia persona, porque presume ser el rey de la creacion. El boulevard le pertenece ; los salones son sus dominios ; es insolente, mal educado, escéptico, ignorante, y habla de todo en tono decisivo como lo haria un talento superior ó un genio.

Tal es el elegante de nuestros días.

Si me correspondiese á mí profundizar esta materia, y perteneciera yo al sexo masculino, creo que mi posicion sería muy

mala, pues el verdadero elegante posee el manejo de las armas con una notable habilidad.

Pero si alguien me desafía será á la pluma... arma muy ligera para ser peligrosa.

Así pues, sigamos á la moda al Campo de Marte, que es donde principalmente ha ostentado toda su elegancia de primavera.

Lo que se lleva en cuanto á sobretodos y vestidos nuevos, son verdaderas enaguas de mujeres.

Los ingleses no titubean en echarse encima levitas y sobretodos que llegan hasta el suelo, moda horrible y desgarrada ; extremo por extremo, eran preferibles las prendas cortas.

Todo jóven debe seguir la moda con discernimiento y buen gusto, si no quiere caer en el ridículo.

Desde luego, todas las prendas se llevan con una sola hilera de botones, sea para traje de mañana, para montar ó para hacer visitas. Sin embargo, los fraques verdaderamente de vestir conservan dos hileras de botones.

Hay una novedad llamada chaquetilla *Newmarket* que ha destronado al frac *Newmarket*, con diferencia de que la chaquetilla tiene faldetas muy anchas. También se llevan con carteras cuadradas á los lados, ó bien con bolsillos muy bajos. El cuello y solapas de estas chaquetillas, que no llevan mas que una hilera de botones, se hallan cubiertos de seda.

Los sobretodos de primavera se hacen también con una sola hilera de botones, de telas lisas y muy ligeras, y se forran de seda del mismo color ; la elegancia que se les da depende del uso á que se destinan.

En los chalecos y pantalones se ven colores y dibujos muy pintorescos. Los chalecos mas elegantes se hacen rectos, con transparente de muaré, que se destaca bonitamente sobre una camisa de batista á pequeños pliegues, ó con ojales bordados en la pechera. Lo que no es nada gracioso, son las telas escocesas que transforman algunos chalecos en vidrios de ventana. Un hombre de mundo no se entusiasma jamás con las rarezas, porque una moda atrevida por lo comun es de mal gusto.

Para negligé lo preferible es una levita con una sola hilera de botones, que se pueden abotonar hasta arriba, con bocamangas muy grandes y redondas. El talle es un poco largo, y los faldones aplastados. — Con ella se lleva un chaleco de valencias, á pequeño chal abotonado hasta arriba. El pantalon de cuadros cenicientos, va ajustado sobre la bota, con una trabilla.

Para traje de paseo, se lleva en vez de levita un frac-chaquetilla, de paño castaño oscuro, de corte recto, sin costura á través del talle. El cuello y las solapas son de seda muaré, y lo demás de los forros es de seda ligera. — El chaleco es de popelina cenicienta, con palmas cereza y oro, y cinco botones de rubies y oro. El pantalon de satén ceniciento con rayas satinadas.

Se llevan muchos pantalones y chalecos de colores iguales. Para vestir, es preferible un chaleco elegante que difiera de los demás de traje. En vez de corbatas se llevan cuellos, lo que es mas nuevo y gracioso : los lazos son siempre abultados.

Se ven muchas chorreras de encaje, sobre todo en los trajes de corte.

He aquí un traje distinguido en este último género. — Casaca á la francesa de terciopelo color de violeta, redonda por delante y con anchos y largos faldones. Cuello recto y subido, bordado de oro así como las bocamangas que tienen ocho centímetros de altura, y se ponen sobremangas á la Luis XV. El forro es de raso blanco. Chaleco de piqué blanco, recto y abierto, dejando ver una chorrera de rico encaje inglés.

Calzon de paño de seda color de violeta, muy ajustado á las rodillas, con una pequeña abertura por abajo que se cierra con una liga con hebillas, y cuatro botoncitos. Sombrero francés de fieltro negro adornado con plumas. Medias de seda blanca y zapatos de charol, con hebillas redondas.

Nuestro figurín está de acuerdo con nuestros consejos, pues representa tres trajes de hombres y uno de niño, copiados con una exactitud rigurosa. Aquí se ve la última moda en toda su elegancia.

La primera figura representa un hombre de treinta ó treinta y cinco años, en traje de vestir, de un gusto exquisito. El frac es de paño color de castaña, respunteado todo al rededor, á borde abierto. La abertura del cuello es en forma de V, con solapas hasta el segundo ojal. Las mangas son anchas con bocamangas redondas. El chaleco es de valencias á chal abierto, prolongado por abajo y redondo por las caderas. Pantalon ceniciento claro, de ese género conocido con el nombre de *piel de gamo*, holgado y recto á la caída de la pierna, y ajustado sobre el pié.

La segunda figura es un niño con una chaquetilla *Ledzinska*, llamada así porque se parece á uno de los trajes favoritos de la noble princesa rusa. Esta chaquetilla es de ligero casimir nacarado, adornada por delante con una doble hilera de pequeños alamares. Vista por detrás, cae derecha, é indica un poco las curvas, por medio de una ballena que se pone debajo del brazo, en tanto que por delante queda natural, y por abajo va redonda. — Mangas á la religiosa, adornadas de alamares, dejando ver las mangas interiores de batista. — Con esta chaquetilla se lleva un chaleco á la Luis XVI, abotonado recto, muy largo y cuadrado, en el género de los que gastan los grooms ingleses. Pantalon de mil rayas, estilo á lo húsar, y redondo.

La tercera figura es un jóven de veinticinco ó treinta años, con un traje de viaje ó de montar á caballo. La chaquetilla llamada á la inglesa es de paño negro oscuro, forrado de seda de fantasía. — Chaleco de tricetina llamado con volantes, con ojales y botones hasta arriba. — Pantalon de tela bayadera, ancho por los muslos y estrecho y redondo sobre el zapato.

Viene despues un hombre de treinta años con una levita de un estilo nuevo, esto es, con anchas solapas. El chaleco es á chal cruzado, abotonado hasta el cuello ; el pantalon á grandes cuadros forma un tablero de damas, y cae recto, con unas trabillitas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Descripción de los bordados. (1)

1. Punta de pañuelo feston, punto de rosa y plume tis.
2. Camisolin con cuello, bordado inglés y plumetis.
3. Papalina de señora con fondo, bordado inglés, feston y punto de rosa.
4. Bordado para mangas con entredos para puño, feston y punto de rosa.
5. Cuello Maria Stuart, bordado inglés.
6. Escudo con feston.
7. Guarnicion, bordado inglés.
8. Entredos, plumetis y punto de rosa.
9. Pequeña guarnicion, bordado inglés.
10. Corona de baron.
11. A. C., letras inglesas.
12. Corona de príncipe.
13. Guarnicion al plumetis.
14. Corona de conde.
15. M. R., gótico plumetis.
16. Corona de fantasía, con C. B. inglesas.
17. M. B., plumetis rico.
18. J. R., gótico contorneado.
19. Limpia-plumas en *soutache*.
20. B. P., letras inglesas.
21. Guarnicion al feston.
22. H. M. C., letras inglesas.
23. E. R., letras góticas.
24. V. de G., plumetis.
25. Maria, al plumetis.
26. Sofia, al plumetis.

AVISO AL PUBLICO,

La importancia de nuestra publicacion, la primera sin duda en su género de cuantas se han ensayado hasta aquí en idioma español, así por las interesantes materias que comprende como por la excelencia de sus grabados y el esmero de su parte tipográfica, nos hizo esperar, ántes de emprenderla, que el público americano la dispensaria una favorable acogida, y en esta persuasion hicimos desde luego una larguísima tirada. Nuestro pronóstico se ha realizado, ó por mejor decir, el éxito ha sobrepujado en mucho á nuestras esperanzas ; pues segun los pedidos que en cada correo nos llegan de distintos puntos de América, pronto se agotará la edicion de los números que llevamos publicados.

En consecuencia de lo dicho, hemos resuelto aumentar considerablemente la tirada desde el TOMO SEGUNDO que empezará en el número 27 de esta PARTE ILUSTRADA Y LITERARIA del *Correo de Ultramar*. Pero como nos seria muy difícil por ahora hacer una nueva edicion de los números que han de formar el *primer tomo*, advertimos á las personas que piensen suscribirse á nuestro periódico, que deben apresurarse si quieren tener completa la coleccion ; pues, como llevamos manifestado, los pedidos que de todas partes recibimos, son tan numerosos que dentro de poco se habrán agotado los ejemplares existentes.

La Suecia.

En la primera página de este número verán nuestros lectores un grabado que representa la capital de Suecia tomada por la parte del palacio real, y en esta última página damos los retratos del rey y la reina que desde 1844 ocupan el trono en aquel pueblo digno de atencion por muchos conceptos.

Como en el próximo número de nuestro periódico pensamos dar algunos detalles, aunque ligeros, acerca

(1) La presente descripción corresponde al modelo de bordados, que se insertó en el número anterior.

de las costumbres de dicho país, nos limitaremos hoy á exponer lo mas sumariamente que podamos algunos pormenores histórico-geográficos de un pueblo que en todos tiempos ha producido hombres notables, y contribuido á fijar alguna vez los destinos de la Europa.

La Suecia es esa parte de nuestro continente situada entre los 55° y 72° de latitud Norte y los 3° y 30° de longitud Este. Es decir, que tiene uno de esos climas menos felices de Europa, sin embargo de lo cual presenta terrenos fértiles en sus valles.

No seguiremos á los historiadores de este país, segun los cuales la monarquía sueca cuenta hoy mas de cuatro mil años de existencia, lo que nos parece exagerado, por no decir otra cosa. La oscuridad que reina en lo relativo á los tiempos primitivos, hace que los historiadores amantes de la verdad se remonten cuando mas, para hablar con algun acierto, á la época de Erico IX, el Santo, que fué elegido rey por los suecos, en tanto que los godos elegian á Carlos, hijo de Surcher, conviniendo para evitar la guerra unos y otros, en que Erico reinaria solo, debiendo ser Carlos su sucesor, como así sucedió, por fortuna del país, que debió á Erico la paz y una buena legislación, y para desgracia de ambos monarcas, pues Erico murió asesinado, y Carlos pereció á manos del hijo de Erico en una batalla.

Después de estas tristes escenas hasta la aparición del célebre Gustavo Vasa, puede decirse que la Suecia pasó por una serie de revueltas ó guerras de sucesión, á pesar de lo cual se citan en este largo período príncipes ilustres por sus virtudes, prudencia ó hazañas, tales como Erico XI, que fundó la célebre universidad de Upsal, Magnus I, generalmente amado de sus súbditos, y el general Carlos Canutson, que se apoderó del cetro, y que perdió la isla de Gothland, pero que conquistó la Noruega, y sacudió el yugo de los daneses. Gustavo Vasa, Gustavo Adolfo y Cristina, célebre por su amor á las ciencias, son hermosas figuras en la historia de Suecia; pero entre todas ellas se destaca la de Carlos XII, el gran capitán de aquellos tiempos, el hombre acaso mas terco y valiente que ha producido la especie humana, y cuyos dieron materia á uno de

los mas importantes trabajos literarios de Voltaire. Desde Carlos XII hasta hoy, lo mas notable que se observa es el cambio de dinastía en favor de la casa Bernadotte, reinante ahora.

dotte, amigo del ya emperador Napoleon, que prometió su apoyo al imperio francés, mientras temió que Bonaparte pudiera oponerse al logro de sus deseos, y que tan pronto como empuñó el cetro se hizo jefe de la coalición, dando en ello no solo una prueba de inconsecuencia, sino de ingratitud.

A pesar de todo, es preciso convenir en que si Bernadotte no fué buen amigo, ha sabido ser un buen rey, pues al cabo de treinta y cuatro años de reinado, murió en 1844 dejando en Suecia gratos recuerdos de su administración, y logrando ser el único de aquellos monarcas improvisados en Europa por la revolución francesa, que conservó el trono en medio de tantas sacudidas y reacciones como desde entonces han turbado la paz del continente.

La Suecia propiamente dicha se divide en ocho *laus* ó provincias principales, y cuenta hermosas poblaciones entre las cuales figuran Stokolmo, que es la capital situada á las orillas del lago Merlan; — Drottningholm, sitio real hecho conforme al modelo del de Versailles; — Carlberg, importante por su escuela militar; Haya, donde los reyes suecos pasan la estación de verano; — Upsal, notable por la universidad, y porque los suecos fijan allí su primer meridiano; — Sigtura, donde están los mejores templos de las divinidades del Norte; — Sala, rica en minas de plata; — Strenguass, que celebra su feria sobre el hielo; — Carlstadt, ciudad manufacturera, y otras muchas.

Además, la Noruega pertenece á la Suecia desde 1814, y tiene esta nación algunas posesiones tanto en las regiones polares como en la América, que contribuyen al sosten de esta nación, la cual, como ántes hemos dicho, no ocupa uno de los terrenos mas favorables, ni un clima de los mas propicios á la riqueza agrícola, pues es sabido que á los 67° de latitud crecen pocos árboles, y solo alguno que otro improductivo zarzal revela la existencia de la vegetación.

Tal es la Suecia considerada histórica y geográficamente, aunque en un imperfecto y lacónico resumen. El rey actual se llama Oscar I°, nació el 4 de julio de 1779 y subió al trono el 8 de marzo de 1844.

J. M. V.



El rey y la reina de Suecia.

Llegó la época de la revolución francesa, que conmovió el mundo con su estruendo, y dió margen á la coalición de los reyes. Gustavo IV, rey de Suecia, quiso luchar solo contra la Francia, y viéndose obligado á abdicar, adoptó por su sucesor al famoso general Berna-

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres.

Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto.

Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13	»
Para Puerto Rico.	13	30 macuquinos
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	»
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»
Para la provincia de Cúmana.	12	73 »

Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	13	pesos fuertes
Para Valparaíso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	»

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEXICANA

PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.	
Para Veracruz y Tampico.	20
Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdova, Orizaba.	22
Para el interior de la República Mexicana.	29

La suscripción se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepción alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.
Arequipa.	— J. MARIA REY DE CASTRO.
Asunción (Paraguay).	— VASQUEZ CORDOVA.
Buenaventura.	— SIMONNOT.
Bogotá.	— CLARMONT.
Buenos Ayres.	— LUCIEN É HIJO.
Id.	— J. C. CORBIN.
Caracas.	— EMILIO PHILIP.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.
Cartajena.	— J. MARIA CANADAS.
Cali.	— THIRION.
Ciudad Bolívar.	— ARTOLA Y Ca.
Cobija.	—

Demerara.	MM. RICHARD HAYNES.
Guatemala.	— P. J. LOSS.
Guayaquil.	— ALFONSO PRIEUR.
Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.
Lima.	— JOSÉ MACIAS.
Maracaibo.	— P. CASAU.
Matanzas.	— F. DEVILLE.
Maturín (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.
Monpoa.	— J. M. PEREIRA.
Méjico.	— BOIX, BESSERER Y Ca.
Montevideo.	— A. LAS CAZES.
Panama.	— SMITH Y C.
Popayan.	— RAFAEL IRURITA.
Porto Cabello.	— RAFAEL ROJAS.
Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ

Quito.	MM. ALFONSO PRIEUR.
Rio Hacha.	— J. MANUEL GOENAGA.
San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y Ca.
Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Santa Marta.	— A. MIRAMON.
San Juan de Nicaragua.	— JUAN MESNIER.
Santiago de Cuba.	— FELIPE LAY.
Trujillo del Perú.	— ANDRES ARCHIMBAUD.
Santiago de Chile.	— PASCUAL EZQUERRA Y GIL.
San Tomas.	— BENEDETTI.
Tacna.	— CARLOS BASADRE.
Tampico.	— A. DELILLE.
Valencia.	— ACHILLE LETTERON.
Valparaíso.	— PASCUAL EZQUERRA Y GIL.
Vera Cruz.	— JUAN CARREDANO.